

Audiolibro Una P Gina De Amor Mile
Zola Cuarta Parte

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Kenneth Salinas (Lowville)** - - - - CUARTA PARTE. Capítulo Primero. Habían pasado ya los lavafutas, y las señoras, delicadamente, se secaban los dedos. Hubo un momento de silencio alrededor de la mesa. La señora Deberle paseó su mirada para ver si todo el mundo había terminado; luego se levantó sin decir palabra y todos los invitados la imitaron en medio de un gran zarandeo de sillas. Un señor mayor, que se encontraba a su derecha, se había apresurado a ofrecerle el brazo. —No, no —murmuró conduciéndole hacia una puerta—. Vamos a tomar el café en el saloncito. Unas parejas la siguieron. Al final, venían dos damas y dos caballeros, que continuaban una conversación sin pensar en unirse al desfile. Pero, en el saloncito cesaron los miramientos y reapareció la alegría de los postres. El café estaba ya servido sobre un velador en una gran bandeja de laca. La señora Deberle dio una vuelta en derredor, con la gracia de una ama de casa que se preocupa de los distintos gustos de sus invitados. En realidad, era Paulina la que más se afanaba y la que se reservaba el servicio a los caballeros. Era aproximadamente una docena de personas, el número más o menos reglamentario que los Deberle invitaban cada miércoles a partir de diciembre. Por la noche, alrededor de las diez, acudía mucha gente. —Señor de Guiraud, una taza de café —decía Paulina, que se había detenido ante un hombrecito calvo—. ¡Ah, no! Ya me acuerdo, usted no lo toma... Entonces, ¿una copita de chartreuse? Se embarullaba en su servicio y le trajo un vaso de coñac. Sonriente, cancanaba alrededor de los invitados, con mucho aplomo, mirándoles a los ojos, circulando con soltura con su larga cola. Llevaba un soberbio vestido blanco de cachemira de la India, guarnecido de cisne, con un escote cuadrado en el pecho. Cuando todos los hombres estuvieron de pie, con su taza en la mano, bebiendo a sorbitos, apartando la barbilla, se dedicó a un joven alto, el joven Tissot, que le parecía muy hermoso. Elena no había querido café. Se había sentado aparte, con aire cansado. Vestía un traje de terciopelo negro, sin adorno alguno, que la envolvía severamente. Se fumaba en el saloncito y las cajas de cigarros estaban junto a ella, encima de una consola. El doctor se acercó y escogió un cigarro mientras le preguntaba: —¿Juana está bien? —Muy bien —contestó ella—. Hoy hemos ido al bosque y ha jugado como una loca... ¡Oh!, a estas horas ya debe de estar durmiendo. Los dos hablaban amistosamente, con una familiaridad sonriente propia de las personas que se ven todos los días. Pero en aquel momento la señora Deberle levantó la voz. —Mire: la señora Grandjean puede decírselo. ¿Verdad que volví de Trouville hacia el diez de septiembre? Llovía, la playa se había puesto insoportable. Tres o cuatro señoras la rodeaban mientras ella hablaba de su estancia junto al mar. Elena tuvo que levantarse y unirse al grupo. —Nosotros hemos pasado un mes en Dinard —contaba la señora de Chermette—. ¡Oh, una región deliciosa y una sociedad encantadora! —Había un jardín detrás del chalet y una terraza sobre el mar —seguía la señora Deberle—. Ya sabe usted que decidí llevarme mi landó y mi cochero... Es mucho más cómodo para los paseos... Pero la señora Levasseur vino a vernos... —Sí, un domingo —dijo ésta—. Estábamos en Cabour ... ¡Oh!, estaba usted muy bien instalada, pero me pareció que había de resultar algo caro... —A propósito —interrumpió la señora Berthier, dirigiéndose a Julieta—: ¿no le enseñó a nadar el señor Malignon? Elena notó en la cara de la señora Deberle cierto embarazo, una súbita contrariedad. Ya, muchas veces, le había parecido que el nombre de Malignon, pronunciado de improviso ante ella, la molestaba; pero la joven ya se había recobrado. —¡Vaya nadador! —exclamó—. ¡Si alguna vez llega a dar lecciones a alguien!... A mí, el agua fría me da un miedo espantoso. Con sólo ver la gente que se baña, me pongo a tiritar. Y tuvo un delicioso estremecimiento, subiendo sus hombros rollizos, como un pájaro mojado que se sacude. —Entonces, ¿se trata de un chisme? —dijo la señora de Guiraud. —Seguro que lo es. Apuesto que es él mismo quien lo ha inventado. Me odia desde que pasó allí un mes con nosotros. Comenzaba a llegar gente. Las señoras, con un manojo de flores en el pelo, los brazos redondeados, sonreían con una inclinación de cabeza; los hombres, de frac, con el sombrero en la mano, se inclinaban tratando de encontrar una frase. La señora Deberle, sin

dejar de hablar, tendía la punta de los dedos a los habituales de la casa; muchos no decían nada, saludaban y seguían adelante. En este momento acababa de entrar la señorita Aurelia. Al instante se extasió ante el traje de Julieta, un vestido de terciopelo estampado azul marino, adornado con faya. Entonces, las señoras que estaban cerca parecieron descubrir el vestido. ¡Oh, delicioso, verdaderamente delicioso! Salía de la casa Worms. Se habló de él durante cinco minutos. Se había tomado el café y los invitados habían dejado las tazas vacías por todas partes, sobre la bandeja, sobre las consolas: únicamente el señor mayor no acababa de terminar, deteniéndose a cada sorbo para hablar con una dama. Un olor cálido, el aroma del café mezclado a los ligeros perfumes de las señoras, saturaban la atmósfera. — ¿Se da usted cuenta de que no he tomado nada? —dijo el joven Tissot a Paulina, que le estaba hablando de un pintor a cuya casa le había acompañado su padre para que viera sus cuadros. — ¿Cómo? ¿No ha tomado usted nada?... Le traje una taza de café. —No, señorita, se lo aseguro. —De verdad que quiero que tome usted algo... ¡Espere, aquí está el chartreuse! La señora Deberle había llamado discretamente a su marido con un ademán de cabeza. El doctor comprendió: abrió él mismo la puerta del gran salón, adonde se pasó, mientras un criado se llevaba la bandeja. Hacía casi frío en la amplia estancia que seis lámparas y una araña de diez bujías iluminaban con una viva luz blanca. Había ya algunas señoras, sentadas en círculo ante la chimenea: había sólo dos o tres caballeros de pie entre las faldas desplegadas, y por la puerta del saloncito gualda, que había quedado abierta, se oía la voz aguda de Paulina, que se había quedado sola con el joven Tissot. —Ahora que se lo he servido, tiene usted que beberse... ¿Qué quiere usted que haga con él? Pedro se llevó ya la bandeja. Luego se la vio aparecer, completamente blanca con su vestido adornado con plumas de cisne. Con una sonrisa que dejaba ver sus dientes entre sus labios frescos, anunció: —Aquí está Malignon el guapo. Los apretones de manos y los saludos siguieron. El señor Deberle se había situado cerca de la puerta. La señora Deberle, sentada en medio de las señoras en un puf muy bajo, se levantaba a cada instante. Cuando Malignon se presentó, volvió la cabeza afectadamente. Él llegaba muy pinturero, rizado con tenacillas, el cabello separado por una raya que le descendía hasta la nuca. En el umbral, con una ligera mueca «llena de elegancia», como repetía Paulina, había fijado un monóculo en su ojo derecho, y paseó una mirada alrededor del salón. Con cierto abandono estrechó la mano del doctor sin decir nada, y después avanzó hacia la señora Deberle, ante la cual dobló su cintura, ceñida por su negro frac. — ¿Es usted? —dijo ella de manera que pudiese ser oída de todos—. Parece ser que ahora se dedica usted a la natación.. Él no comprendió, pero contestó de todos modos para mostrarse ingenioso: —Seguro... Un día salvé un terranova que se estaba ahogando. A las damas esto les pareció muy ocurrente, y la misma señora Deberle se sintió desarmada. —Le cedo los terranovas —respondió—; pero sabe usted muy bien que en Trouville no me bañé ni una sola vez. — ¡Ah, se trata de la lección que le di a usted! —exclamó—. Bueno, ¿acaso una noche, en su comedor, no le expliqué que había que agitar los pies y las manos? Todas las señoras se echaron a reír. Era encantador. Julieta levantó los hombros. Con él no había manera de hablar en serio. Se levantó para ir al encuentro de una dama que tenía un gran talento como pianista y que venía por primera vez a la casa. Elena, sentada cerca del fuego con su habitual placidez, miraba y escuchaba. Malignon le interesaba particularmente. Se dio cuenta de que ejecutaba una hábil maniobra para acercarse a la señora Deberle, a la que oía hablar detrás de su butaca. De pronto se mudaron las voces. Ella se reclinó para oír mejor. La voz de Malignon decía : — ¿Por qué no vino usted ayer? La estuve esperando hasta las seis. —Déjeme, está usted loco —murmuró Julieta. Entonces la voz de Malignon se elevó, un tanto enronquecida. —De manera que no cree usted la historia del terranova... Incluso me dieron una medalla. Ya se la enseñaré. —Y añadió muy bajito—: Me lo había usted prometido... Recuérdelo... Llegaba toda una familia. La señora Deberle se deshizo en cumplidos, en tanto que Malignon reaparecía en medio de las damas, con su monóculo en el ojo. Elena se puso pálida por las palabras que acababa de escuchar. Fue como un rayo para ella, algo inesperado y monstruoso. ¿Cómo esta mujer tan dichosa, de rostro tan sereno, con sus mejillas blancas y rosadas, podía traicionar a su marido? Siempre le había parecido que tenía la cabeza a pájaros, pero también que su mismo amable egoísmo había de salvarla de cualquier tontería. ¡Y con un hombre como Malignon! Bruscamente acudieron a su memoria las tardes en el jardín, Julieta sonriente y afectuosa, recibiendo el beso con que el doctor rozaba sus cabellos. Pese a todo, se querían. Entonces, movida por un sentimiento que no podía explicarse, montó en cólera contra Julieta como si fuese ella, personalmente, la engañada. Era una humillación para Enrique; y los celos la enfurecieron tanto, que su agitación podía leerse claramente en su cara. La señorita Aurelia le preguntó : — ¿Qué le pasa a usted? ¿Se siente mal?... La solterona, viéndola sola, se había sentado a su lado. Le demostraba una sincera amistad, encantada por la forma complaciente con que esta mujer, tan formal y tan hermosa, escuchaba durante horas sus comadreos. Pero Elena no contestó. Necesitaba ver a Enrique, saber inmediatamente qué estaba haciendo, qué gesto adoptaba. Se levantó, le buscó por el salón y acabó encontrándole. Estaba hablando, de pie, junto a un hombre grueso y pálido, y parecía muy tranquilo y satisfecho con su ligera sonrisa. Le examinó por un momento. Sentía por él una conmiseración que le disminuía un poco, pero que al

mismo tiempo hacía que le amase más todavía, con una ternura en la que se mezclaba una vaga sombra de protección. Su idea, un tanto confusa todavía, era que en este momento debía compensarle de la felicidad perdida. — ¡Vaya! —murmuró Aurelia—, vamos a divertirnos si la hermana de la señora Guiraud se pone a cantar... Es la décima vez que oigo Les Tourterelles. Este invierno no sabe otra cosa... ¿Sabe usted que está separada del marido? Fíjese en ese señor moreno que está allí, junto a la puerta. Están a partir un piñón, y Julieta tiene que recibirle, pues de lo contrario ella no vendría... — ¡Ah! —dijo Elena. La señora Deberle pasaba rápidamente de un grupo a otro rogando que guardasen silencio para escuchar a la hermana de la señora Guiraud. El salón estaba lleno; unas treinta señoras ocupaban el centro, sentadas, cuchicheando y riendo; no obstante, había dos que permanecían de pie, hablando más alto, con graciosos movimientos de hombros, mientras que cinco o seis caballeros, muy a sus anchas, parecían encontrarse como en su casa, medio perdidos entre las faldas. Se oyeron algunos «¡Chisst!» discretos y el ruido de las voces disminuyó, los rostros adoptaron una expresión de aburrida inmovilidad y pronto se oyó tan sólo el aletear de los abanicos en el aire cálido. La hermana de la señora Guiraud cantaba, pero Elena no la escuchaba. Ahora miraba a Malignon, a quien parecían gustarle Les Tourterelles, afectando un interés inmoderado por la música. ¡Era posible! ¡Aquél mequetrefe! Sin duda fue en Trouville donde se abandonaron a algún juego peligroso. Las palabras sorprendidas por Elena parecían indicar que Julieta no había cedido todavía, pero la caída parecía próxima. Ante ella, Malignon marcaba el compás con un balanceo encantado; la señora Deberle demostraba una admiración condescendiente, en tanto que el doctor se callaba, paciente y amable, esperando el final de la pieza para reanudar su conversación con el hombre gordo y pálido. Sonaron ligeros aplausos cuando la cantante se calló y algunas voces se extasiaron: — ¡Delicioso! ¡Encantador! El apuesto Malignon alargaba los brazos por encima de los peinados de las damas, aplaudía con sus dedos enguantados, sin hacer ruido, y repetía: «¡Bravo! ¡Bravo!», con una voz cantarina que dominaba las demás. En seguida este entusiasmo decayó, las caras perdieron su tiesura para sonreír, algunas damas se levantaron y las conversaciones se reanudaron en medio de una sensación general de alivio. Aumentaba el calor y un olor almizclado se desprendía de los tocados con el aleteo de los abanicos. Había momentos en que, entre el murmullo de las conversaciones, sonaba una nítida risa o una palabra pronunciada en voz alta hacía volver las cabezas. Ya, por tres veces Julieta había ido al pequeño salón para suplicar a los hombres que en él se refugiaban que no abandonasen a las señoras. La seguían; pero diez minutos después habían desaparecido de nuevo. —Es insoportable —murmuraba con un gesto de enfado—, no hay manera de que se quede uno. Entretanto, la señorita Aurelia daba a Elena el nombre de las señoras ya que ésta sólo había acudido por dos veces a las tertulias del doctor. Estaba toda la alta burguesía de Passy, gente muy rica. Luego, inclinándose: —Decididamente, es cosa hecha... La señora de Chermette, casa a su hija con ese rubio alto con el que ella ha estado liada durante dieciocho meses... Por lo menos, tendremos a una suegra que amaré a su yerno. —Pero se interrumpió muy sorprendida—. ¡Diantre! ¡El marido de la señora Levasseur hablando con el amante de su esposa! No obstante, Julieta había jurado que ya no los recibiría juntos. Elena, con una mirada lenta, recorrió todo el salón. ¿Es que en este mundo digno, entre esta burguesía aparentemente decente, sólo había mujeres culpables? Su rigorismo provinciano se escandalizaba de tanta promiscuidad tolerada en la vida parisiense. Amargamente se burlaba de haber sufrido tanto cuando Julieta ponía su mano en la suya. Realmente, era una tontería tener tantos escrúpulos. El adulterio se aburguesaba de una manera plácida, aguzado con una pizca de refinamiento coqueto. La señora Deberle, ahora, parecía haber hecho las paces con Malignon y, pequeñaja, acurrucando sus redondeces de morenita mañosa en una butaca, reía las agudezas que él le estaba diciendo. El señor Deberle acertó a pasar. —Esta noche, ¿no se pelean ustedes? —preguntó. —No —respondió Julieta muy alegre—. Dice tantas tonterías... Si tú supieras todas las tonterías que me dice... Se cantó de nuevo. Pero el silencio fue más difícil de lograr. Era el joven Tissot, que cantaba un dúo de La Favorita con una señora muy madura que iba peinada como una niña. Paulina, de pie junto a una de las puertas, en medio de los negros fracs, miraba al cantante con un aire de sincera admiración, como había aprendido que se miran las obras de arte. — ¡Oh qué cabeza más bonita! —dejó escapar en medio de una frase apagada del acompañamiento, pero en voz tan alta que todo el salón la oyó. La velada avanzaba y el cansancio se reflejaba en todas las caras. Algunas señoras, sentadas en la misma butaca desde hacía tres horas, tenían un aspecto de aburrimiento inconsciente, felices, no obstante, de aburrirse allí. Entre dos piezas, escuchadas a medias, las conversaciones se reanudaban y parecía como si fuera la sonoridad del piano que perdurara. El señor Letellier contaba que había ido a vigilar un pedido de sedas a Lyon; las aguas del Saône no se mezclaban con las del Ródano, cosa que le había sorprendido mucho. El señor de Guiraud, un magistrado, dejaba caer sus sentenciosas frases sobre la necesidad de poner un dique a los vicios de París. Otros rodeaban a un señor que había conocido a un chino y estaba dando detalles. Dos señoras, en un rincón, intercambiaron confidencias sobre el servicio. No obstante, en el grupo de señoras presidido por Malignon se hablaba de literatura: la señora Tissot declaraba que Balzac era ilegible; Malignon estaba muy lejos de negarlo,

pero mantenía que, de vez en cuando, en Balzac se encontraba alguna página bien escrita. —Un poco de silencio — reclamó Paulina—. Va a tocar. Era la pianista, aquella dama que tenía tanto talento. Todas las cabezas se volvieron por cortesía. Pero en medio del silencioso recogimiento se oyeron gruesas voces de hombre discutiendo en el pequeño salón. La señora Deberle estaba a punto de desesperarse; estas cosas le causaban una preocupación infinita. —Son insoportables —murmuró—. Que se queden en su casa, si no quieren venir; pero, por lo menos, que se callen. Y mandó a Paulina, quien de mil amores fue a dar el recado. —Sepan ustedes, señores, que van a tocar el piano —dijo con su serena osadía de virgen en su traje de reina—; se les suplica silencio. Hablaba muy alto y tenía la voz chillona; y como luego se quedó allí, con los hombres, para reír y bromear, el ruido se hizo mucho más fuerte. La discusión prosiguió y ella les daba nuevos argumentos. En el salón, la señora Deberle, estaba sufriendo; todo el mundo estaba cansado de tanta música y permanecía indiferente. La pianista se sentó de nuevo apretando los labios, pese a los exagerados cumplidos que la dueña de la casa se creyó en el deber de hacerle. Elena sufría. Enrique parecía como si no la viera; ni había vuelto a acercarse. De vez en cuando le sonreía desde lejos. Al principio de la velada ella se había tranquilizado al encontrarle tan puesto en razón; pero, desde que ella conocía la historia de la otra pareja, hubiese querido algo, una muestra de cariño, aun cuando pudiera comprometerla. La agitaba un deseo confuso, mezcla de toda clase de malos sentimientos. ¿Es que ya no la amaba, puesto que podía permanecer tan indiferente? En verdad que estaba eligiendo bien el momento. ¡Ay, si ella pudiese decírselo todo, informarle de la indignidad de esa mujer que llevaba su nombre!... Entonces, mientras el piano desgranaba sus brillantes arpegios, se le ocurrió un sueño: Enrique había echado a Julieta y ella estaba con él, como si fuera su esposa, en uno de esos países lejanos cuyo idioma se ignora. Una voz la hizo estremecer. —Entonces, ¿no va a tomar usted nada? — preguntaba Paulina. El salón estaba vacío. Todo el mundo había pasado al comedor para tomar el té. Elena se levantó trabajosamente; todo se embarullaba en su cabeza. Pensaba que todo lo había soñado: las palabras oídas, la próxima caída de Julieta, el adulterio burgués, sonriente y apacible. Si todo esto fuese verdad, Enrique ya estaría junto a ella y los dos habrían ya abandonado aquella casa. —Tomará usted una taza de té, ¿no es eso? Sonrió y dio las gracias. La señora Deberle le había guardado un puesto en la mesa. Bandejas de dulces y pastelería cubrían el mantel a la par que un enorme bollo y dos tartas se elevaban simétricamente dispuestos en sus compoteras. Como había poco espacio, las tazas de té se tocaban casi, separadas dos a dos, por finas servilletas grises de largos flecos. Sólo las señoras estaban sentadas. Comían con la punta de sus dedos desenguantados, pastelitos y frutas escarchadas, y se pasaban el jarro de la nata, sirviéndose ellas mismas con gesto delicado. Sin embargo, tres o cuatro se habían compadecido y servían a los hombres. Estos, de pie a lo largo de las paredes, bebían tomando toda clase de precauciones para librarse de los codazos involuntarios. Otros permanecían en los dos salones, esperando que los pasteles viniesen hacia ellos. Era el momento en que Paulina triunfaba. Se hablaba más fuerte, las risas y los ruidos cristalinos de los servicios de plata resonaban, el olor a almizcle se hacía más cálido con el perfume penetrante del té. —Acérqueme el bollo, por favor —dijo la señorita Aurelia, que se encontraba precisamente al lado de Elena—. Todas estas golosinas me resultan poco sólidas. Ya había vaciado dos bandejas. Después, con la boca llena, añadió: —La gente ya se va retirando... Ahora estaremos a gusto. En efecto, algunas señoras se iban ya, después de haber estrechado la mano a la señora Deberle. Muchos caballeros se habían marchado discretamente. El departamento se iba vaciando. Entonces unos señores se sentaron a su vez a la mesa; pero la señorita Aurelia no abandonó su puesto. Lo que quería, en realidad, era un vaso de ponche. —Voy a buscarle uno —dijo Elena levantándose. — ¡Oh, no, gracias!... No se tome tanta molestia. Desde hacía un rato, Elena estaba vigilando a Malignon. Había ido a estrechar la mano del doctor y saludaba ahora a Julieta en el umbral de la puerta. Ella mostraba su blanco rostro, sus claros ojos, su complaciente sonrisa, y se hubiera podido creer que él le hacía sus cumplidos a propósito de la velada. Como Pedro servía el ponché sobre un aparador, junto a la puerta, Elena avanzó y maniobró en forma que quedó escondida tras los pliegues de los cortinajes. Escuchó. —Se lo ruego —decía Malignon—, venga pasado mañana... La esperaré a las tres... — ¿Cuándo tendrá usted formalidad? —respondió la señora Deberle riéndose—. ¡No diga tonterías! Pero él insistía, repitiendo siempre: —La esperaré... Venga pasado mañana... ¿Sabe usted dónde? Entonces, rápidamente, ella murmuró: —Bueno, sí; pasado mañana. Malignon se inclinó y partió. La señora de Chermette se retiraba junto con la señora Tissot. Julieta las acompañó alegremente hasta la antecámara, diciendo a la primera, con su ademán más amable: —Iré a verla pasado mañana... Tengo que hacer una infinidad de visitas ese día. Elena había permanecido inmóvil, muy pálida. Mientras, Pedro, que había servido el ponche, le acercó un vaso. Ella lo tomó maquinalmente y lo llevó a la señorita Aurelia que se dedicaba ahora a la fruta escarchada. — ¡Oh! Es usted demasiado amable —exclamó la solterona—. Ya hubiese llamado a Pedro... ¿Ve usted?, es un error no ofrecer ponche a las señoras... Cuando se tienen mis años... Se interrumpió al notar la palidez de Elena. —Seguro que se siente usted enferma... Tome un vaso de ponche. —Gracias, no es nada. Es que hace tanto calor... Se tambaleó y

volvió al salón desierto, dejándose caer en una butaca. Las lámparas ardían con luz rojiza; las bujías de la araña, muy bajas, amenazaban hacer estallar las arandelas. Se oyeron, desde el comedor, las despedidas de los últimos invitados. Elena olvidaba marcharse, quería seguir allí para reflexionar. Así pues, no se trataba de un sueño. Julieta iría a casa de ese hombre. Pasado mañana: sabía el día. ¡Oh!, dejaría de preocuparse; éste era el propósito que llenaba su mente. Luego pensó que su deber era hablar con Julieta y evitar su falta. Pero esta buena idea la dejaba fría, por lo que la apartó como algo inoportuno. En la chimenea, que miraba fijamente, un leño apagado crujió. El aire, pesado y adormecido, conservaba el olor de las cabelleras. — ¡Vaya!, está usted ahí —exclamó Julieta al entrar—. ¡Ah, qué amable al no haberse marchado en seguida!... ¡Por fin se respira! —Y como Elena, sorprendida, hiciera un gesto para levantarse, añadió—: Aguarde, usted no tiene ninguna prisa... Enrique, tráeme mis sales. Permanecían allí tres o cuatro personas, los íntimos. Se sentaron ante el apagado fuego y charlaron con agradable abandono, en el descanso de la gran habitación adormecida. Las puertas estaban abiertas, se veía el saloncito vacío, el comedor vacío, todo el departamento todavía iluminado e inmerso en un profundo silencio. Enrique mostraba una amable galantería cerca de su esposa; acababa de subir a su dormitorio para recoger las sales, que ella respiraba cerrando lentamente los ojos. Le preguntó si no se habría fatigado demasiado. Sí, sentía un poco de cansancio, pero estaba encantada, todo había sido perfecto. Entonces contó que las noches en que recibía no podía dormirse y se agitaba en la cama hasta las seis de la madrugada. Enrique se sonrió y bromearon. Elena los miraba y se estremeció en aquella somnolencia que, poco a poco, parecía apoderarse de toda la casa. Ahora, sólo quedaban dos personas. Pedro había ido a buscar un coche y Elena se quedó la última. Dio la una. Enrique, sin hacer cumplidos, sopló unas bujías que estaban recalentando las arandelas. Era como si se acostaran; apagadas una a una las luces, la habitación se hundía en una penumbra de alcoba. —Les impido meterse en la cama —baluceó Elena levantándose bruscamente—. Despídanme ya. Se había puesto muy colorada. La sangre la ahogaba. La acompañaron hasta la antecámara; pero allí, como estaba fría, el doctor se inquietó por su esposa, cuyo traje era muy descotado. —Entra de nuevo o te pondrás mala... Estás muy acalorada. —Bueno, ¡adiós! —dijo Julieta, que besó a Elena como hacía siempre en sus momentos de ternura—. Venga a verme más a menudo. Enrique había cogido el abrigo de pieles y lo mantenía abierto para ayudar a Elena. Cuando ésta hubo metido los dos brazos, fue él quien levantó el cuello, abrigándola así con una sonrisa ante un inmenso espejo que cubría una de las paredes de la antecámara. Estaban solos y se miraban en el espejo. Entonces, de pronto, sin volverse, envuelta en sus pieles, se dejó caer en sus brazos. Desde hacía tres meses, sólo habían intercambiado amistosos apretones de manos; querían dejar de amarse. El dejó de sonreír; su rostro cambió, ardiente e hinchado. La estrechó locamente, la besó en el cuello y ella inclinó la cabeza hacia atrás para devolverle el beso.

Cuarta parte. Capítulo Segundo. Elena no durmió en toda la noche. Se revolvía febril, y cuando se hundía en la modorra la misma angustia la despertaba con un sobresalto. En la pesadilla de ese duermevela, se sentía atormentada por una idea fija: hubiera querido conocer el lugar de la cita. Le pareció que esto la tranquilizaría. No podía tratarse del reducido entresuelo de Malignon en la calle Taitbout, del que se hablaba a menudo en casa de los Deberle. ¿Dónde, entonces, dónde? Su mente trabajaba a su pesar y había olvidado totalmente la aventura para hundirse en esta búsqueda enervante, llena de oscuros deseos. Cuando llegó el día, se vistió y se sorprendió diciéndose en voz alta: —Es para mañana. Con un pie calzado y las manos inertes, pensaba ahora que puede que se tratase de algún departamento amueblado, cualquier habitación alquilada por meses. Luego, tal supuesto la repugnó. Imaginaba que había de ser un departamento delicioso, con gruesos cortinones, flores, y grandes fuegos ardiendo en todas las chimeneas. Ya no eran Julieta y Malignon los que se encontraban allí; se veía a sí misma con Enrique en el fondo de ese muelle refugio, donde no llegaban los ruidos del exterior. Se estremeció dentro de su peinador mal abrochado. ¿Dónde sería? ¿Dónde? —Buenos días, madrecita —gritó Juana despertándose a su vez. Desde que se puso buena, dormía de nuevo en la salita. Vino, como todos los días, con los pies descalzos y en camisa, a echarse al cuello de su madre. Luego se marchó corriendo y se metió todavía por un momento en su cama calentita. Esto la divertía y se reía bajo los cobertores. Por segunda vez volvió a gritar, repitiendo el juego: —Buenos días, madrecita. Y de nuevo se marchó. Esta vez reía con grandes carcajadas porque se había echado la sábana por encima de la cabeza y desde debajo de ella decía con voz grave y apagada: —Yo ya no estoy... Ya me he ido... Pero Elena no compartía su juego como las otras mañanas. Entonces Juana, aburrída, volvió a dormirse. Era todavía demasiado pronto. Hacia las ocho apareció Rosalía y se dispuso a contar su mañana. ¡Menudo tiempo el que hacía! Poco había faltado para que no se le quedasen los zapatos prendidos en el barro cuando fue a por la leche. Tiempo de deshielo naturalmente: y encima, el aire era suave, se ahogaba una. Luego, de pronto, se acordó: la víspera había venido una viejecita preguntando por la señora. — ¡Anda! —exclamó al oír llamar—, juraría que es ella. Era la tía Fétu, pero muy limpia y peripuesta, con un sombrero blanco, traje nuevo y un mantón de tartán que le cruzaba el pecho. No obstante, seguía con su voz lacrimosa. —Soy yo, mi buena señora. Me he atrevido.... Se trata de algo que quería pedirle. Elena la miraba, algo

sorprendida de verla tan bien arreglada. — ¿Está usted mejor, tía Fétu? — Sí, sí; se diría que estoy mejor... Pero sigo sintiendo algo extraño en el vientre; me da golpecitos, pero en fin: estoy mejor. Lo que pasa es que me ha tocado la suerte. Me sorprende, porque ya sabe usted que la suerte y yo... Un joven me ha encargado que le cuide la casa. ¡Oh!, se trata de toda una historia... Su voz se hacía más calmada y sus vivarachos ojos daban vueltas en medio de las mil arrugas de su cara. Parecía que esperase que fuera Elena quien le preguntase. Pero ésta, sentada junto al fuego que Rosalía acababa de encender, escuchaba a medias, absorta en sus pensamientos. — ¿Qué va usted a pedirme, tía Fétu? — dijo. La vieja no respondió en seguida. Examinaba la habitación, los muebles de palisandro, los cortinajes de terciopelo azul. Y, con su voz humilde y adulatora de mendiga, murmuró: — ¡Que casa más preciosa, señora, y discúlpeme!... Mi señorito tiene una habitación como ésta, pero en rosa... ¡Oh!, es toda una historia. Figúrese que se trata de un hombre joven, de la buena sociedad, que vino a alquilar un departamento en nuestra casa. No es que quiera presunir, pero los departamentos del primero y segundo piso de nuestra casa están muy bien. Y, además, ¡es un lugar tan tranquilo!... No pasa un coche, se diría que está en el campo... Los obreros han trabajado más de quince días y han dejado la habitación hecha una joya... — Se detuvo, al notar que Elena se interesaba. — Dice que la necesita para su trabajo — prosiguió arrastrando las palabras —, para su trabajo... No tenemos portera, ¿sabe usted?, y esto precisamente es lo que le agrada. A este señor no le gustan las porteras... y tiene razón, ¡de verdad! — Se interrumpió de nuevo, como si se le acabase de ocurrir una idea. — ¡Espere! Si a ese señorito usted debe conocerle... Se ve con una de sus amigas... — ¡Ah! — exclamó Elena muy pálida. — ¡Seguro!, la señora de aquí al lado, con la que iba usted a la iglesia... Estuvo hace unos días. Los ojos de la tía Fétu se empequeñecían al adivinar la emoción de la buena señora. Elena trató entonces de hacer una pregunta con aire tranquilo: — ¿Y subió a la casa? — No, lo pensé mejor, tal vez había olvidado algo... Yo estaba en la puerta. Ella me preguntó por el señor Vincent: luego se metió de nuevo en su coche de punto y gritó al cochero: «Es demasiado tarde; vuélvase...» ¡Oh, es una señora muy despabilada, muy amable, muy educada! El Señor no ha puesto a muchas en este mundo que sean como ella. Aparte de usted, no hay nadie que se le compare... ¡Que el cielo los bendiga a todos! Y siguió desgranando frases inútiles con su maestría de mujer piadosa habituada a pasar su rosario. Por otra parte, el secreto movimiento de las arrugas de su cara no se había interrumpido. Ahora se la veía radiante de satisfacción. — Lo que ocurre ahora — siguió sin transición — es que quisiera tener un buen par de zapatos. Mi señorito ha sido muy amable conmigo y esto ya no puedo pedírselo... Ya ve usted, voy bien abrigadita; solamente me falta un par de buenos zapatos. Los que llevo están agujereados, mire usted, y con esos tiempos embarrados se coge fácilmente un cólico... De veras, ayer tuve unos cólicos que estuve retorciéndome toda la tarde... Con un buen par de zapatos... — Le llevaré un par, tía Fétu — dijo Elena, despidiéndola con un ademán. Luego, cuando vio que la vieja se iba, caminando de espaldas y haciendo reverencias dándole las gracias, le preguntó: — ¿A qué hora puedo encontrarla que esté sola? — Mi señorito no está nunca después de las seis — contestó —; pero no se tome tanta molestia: yo misma vendré a recogerlos a la portería. Pero, en fin, que sea como a usted le parezca. Es usted un ángel del paraíso. ¡Que Dios se lo pague! Todavía se oyeron sus gimoteos en el rellano de la escalera. Elena, sentada, seguía estupefacta por los informes que esta mujer acababa de traerle con tan rara oportunidad. Ahora sabía dónde. ¡Una habitación color de rosa en aquella vieja casa destartada! Veía de nuevo la escalera rezumando humedad, las amarillas puertas de cada piso, emnegrecidas por las manos grasientas, toda aquella miseria de la que se compadecía el invierno pasado, cuando subía a visitar a la tía Fétu; y trataba de imaginarse la habitación rosa en medio de las fealdades de la miseria. Pero, mientras permanecía sumida en una especie de sueño, dos manitas tibias se pusieron sobre sus ojos enrojecidos por el insomnio, mientras una voz risueña preguntaba: — ¿Quién soy?... ¿Quién soy? Era Juana, que acababa de vestirse solita. La voz de la tía Fétu la había despertado, y viendo que estaba cerrada la puerta del gabinete, se despachó de prisa para sorprender a su madre. — ¿Quién soy?... ¿Quién soy?... — repitió agitada cada vez más por la risa. Luego, viendo que Rosalía entraba trayendo el desayuno: Tú lo sabes, pero no digas nada... A tí nadie te pregunta. — ¡Termina de una vez, locuela! — dijo Elena—. Ya sé que eres tú. La niña se dejó resbalar hasta las rodillas de su madre y allí, echada de bruce, se balanceaba feliz de su invención y seguía con gesto convencido: — Bueno, también podría haber sido otra niña..., ¿no? Una niña que te trajera una carta de su mamá invitándote a comer... Entonces te hubiese tapado los ojos... — No te hagas la tonta — dijo Elena poniéndola de pie—. ¿Qué te estás inventando? Sírvanos, Rosalía. Pero la criada examinaba a la pequeña diciéndose que la señorita se había puesto hecha un pingo. En efecto, Juana, con sus prisas, ni se había puesto los zapatos. Estaba en enaguas, unas cortas enaguas de franela por cuya abertura aparecía un faldón de la camisa. Su chambrita de bayeta, desabrochada, mostraba su desnudez de chiquilla, un pecho plano, de una finura exquisita, en el cual unas líneas temblorosas, con unas manchas apenas de color de rosa, insinuaban los nacientes pezones. Con los cabellos enmarañados y las medias puestas al sesgo, resultaba adorable, blanca toda ella, con sus ropitas en desorden. Se inclinó, se miró, y estalló en risas. — Mira,

mamá, cómo estoy de graciosa... ¿Quieres? Voy a quedarme así... ¡Estoy muy mona! Elena, reprimiendo un gesto de impaciencia, le hizo la misma pregunta de todos los días: — ¿Ya te lavaste? — ¡Oh mamá! — murmuró la pequeña, enojada de pronto—. ¡ Oh mamá! Está lloviendo y hace un tiempo muy feo... —Entonces, no hay desayuno... Lávele la cara, Rosalía. Generalmente era ella quien cuidaba de esto; pero sentía un auténtico malestar y se acercó más al fuego, tiritando, pese a que hacía un tiempo muy suave. Rosalía acababa de acercarse a la chimenea el velador, sobre el cual había extendido una servilleta y colocado dos tazones de porcelana blanca. Junto al fuego, borboteaba el café con leche en un calentador de plata, regalo del señor Rambaud. A aquella hora matutina, la habitación por hacer, todavía amodorrada y con el desorden de la noche, daba una sensación de sonriente intimidad. — ¡Mamá, mamá! — gritaba Juana desde el fondo del gabinete—, me restriega demasiado fuerte, me está desollando, ¡Uy, cómo está de fría! Elena, con los ojos fijos en el calentador, soñaba abstraída. Quería enterarse: iría. La irritaba y turbaba pensar en el misterio de la cita en aquel rincón sórdido de París. Le parecía de un gusto detestable ese misterio y reconocía el ingenio de Malignon, su imaginación novelera, con esa ocurrencia de hacer revivir, por su cuenta, los pequeños reservados de tiempos de la Regencia. Pese a su repugnancia, se sentía febrilmente atraída, con los sentidos llenos del silencio y la penumbra que debía reinar en la habitación rosa. — Señorita — repetía Rosalía—, si no se deja usted hacer, voy a llamar a la señora. — ¡Anda! Me estás metiendo jabón en los ojos — respondía Juana, cuya voz parecía entrecortada por las lágrimas—. Ya basta, déjame... Las orejas, mañana... Pero el chorrear del agua continuaba y se oía como la esponja goteaba en la jofaina. Hubo un ruido de lucha. La niña lloró. Casi al mismo tiempo, volvió a aparecer, muy contenta, gritando: — ¡Se acabó, se acabó! Y se sacudía los cabellos mojados, completamente rosada por efecto del frote, con un frescor que olía a limpio. Con el forcejeo había hecho resbalar la chambrita, sus enaguas se desataban y las medias se caían, mostrando las piernecitas. Vista así, como decía Rosalía, la señorita parecía un Niño Jesús. Pero Juana estaba tan orgullosa de verse limpia, que no quería que la vistieran. — Mira un poco, mamá; mira mis manos, mi cuello, mis orejas... ¡Ah!, deja que me caliente un poco, que estoy muy bien... No me digas que no me he ganado el desayuno, hoy. Estaba hecha un ovillo en su butaquita delante del fuego. Entonces Rosalía sirvió el café con leche. Juana cogió su tazón entre las rodillas, mojando gravemente su tostada con los gestos de una persona mayor. Elena, generalmente, no le permitía que comiera así. Pero seguía preocupada. Dejó su tostada y se contentó con sorber su café. Al último bocado, Juana sintió como un remordimiento. Una pena muy grande le llenaba el corazón, dejó el tazón y se echó al cuello de su madre, viéndola tan pálida. — Mamá, ¿es que ahora eres tú la que está enferma?... Dime: ¿te he hecho enfadar? — No, querida, al revés; eres muy buena — murmuró Elena besándola—. Estoy un poco cansada. He dormido mal... Juega y no te preocupes. Pensó que el día sería terriblemente largo. ¿Qué iba a hacer para esperar la noche? Desde hacía algún tiempo no cogía una aguja y todo trabajo se le hacía pesado. Permanecía sentada durante horas, con las manos lacias, ahogándose en la habitación y sintiendo la necesidad de salir a respirar, pero seguía sin moverse. Era esta habitación la que la ponía enferma; la detestaba, la odiaba por los dos años que había vivido en ella; la encontraba odiosa con su terciopelo azul, su inmenso horizonte de gran ciudad, y soñaba con un pequeño departamento en el que se oyera el ruido de la calle que la aturdiría. ¡Dios mío! ¡Cuán lentas pasaban las horas! Cogió un libro, pero la idea fija que latía en su cabeza interponía siempre las mismas imágenes entre sus ojos y la página empezada. Entre tanto, Rosalía había arreglado la habitación y Juana estaba ya peinada y vestida. Entonces, en medio de los muebles bien dispuestos, en tanto que su madre delante de la ventana se esforzaba en leer, la niña, que estaba en uno de sus días de alegría ruidosa, inició un gran juego. Estaba sola, pero esto no la preocupaba mucho; ella podía representar muy bien tres o cuatro personas, con una seriedad y una convicción muy divertidas. Primero, jugó a la señora que va de visita. Desaparecía en el comedor y luego entraba saludando sonriente, volviendo la cabeza de manera coqueta. — Buenos días, señora... ¿Cómo está usted, señora?... Hace mucho tiempo que no se la ve a usted. Verdaderamente, parece un milagro... ¡Dios mío!, he estado enferma, señora. Además, he tenido el cólera; es muy desagradable... ¡Oh!, nadie lo diría; está usted más joven, palabra de honor. ¿Y sus pequeños, señora? Yo he tenido tres desde el último verano... Seguía con sus reverencias ante el velador, el cual, sin duda, representaba a la señora en cuya casa estaba de visita. Luego acercaba las sillas y mantenía una conversación general que duraba una hora, con abundancia de frases verdaderamente extraordinarias. — No te hagas la tonta, Juana — decía su madre de vez en cuando, si el ruido la impacientaba. — Pero, mamá, estoy en casa de mi amiga... Ella me habla y tengo que responderle... ¿Verdad que, cuando sirven el té, no hay que meterse los pasteles en los bolsillos? — Y continuaba—: Adiós, señora; su té estaba delicioso... Muchos saludos para su señor marido... De pronto, fue otra cosa. Salía en coche e iba de compras, a horcajadas en una silla, como un muchacho. — Juan, no vayas tan de prisa, que me da miedo... Deténgase, que estamos en casa de la modista... Señorita, ¿cuánto cuesta este sombrero? Trescientos francos, no es caro; pero no es bonito. Lo quisiera con un pájaro arriba, un pájaro así de grande... Vámonos, Juan; lléveme a la tienda de

ultramarinos. ¿Tiene usted miel? Sí, señora, aquí la tiene usted. ¡Oh, qué buena está! No, no la quiero; déme diez céntimos de azúcar... Pero ¡ponga cuidado Juan! ¡Ya se volcó el coche! Señor guardia, ha sido la carreta, que se nos echó encima... ¿No le ha pasado a usted nada, señora? No, caballero, en absoluto... Juan, Juan, regresemos... ¡Arre! ¡Arre! Espere, voy a encargar unas camisas. Tres docenas de camisas para la señora.. Necesito unos botines y un corsé... ¡Arre! ¡Arre! ¡Dios mío, no se acaba nunca! Se abanicaba, hacía la señora que vuelve a su casa y riñe al servicio. Era la de nunca acabar: una fiebre, una expansión continua de invenciones fantásticas. Todo el torbellino de la vida bullía en su cabeza y salía a borbotones. Por la mañana y por la tarde estuvo dando vueltas, bailando, charlando; cuando se sentía fatigada, un taburete, una sombrilla olvidada en un rincón, un trapo recogido del suelo, bastaban para lanzarla a otro juego, con nuevas ráfagas de inventiva. Lo creaba todo: los personajes, los sitios, las escenas; se divertía como si jugaran con ella una docena de chicos de su edad. Por fin, la noche llegó. Iban a dar las seis. Elena despertó de la somnolencia inquieta en la que había pasado la tarde y rápidamente se echó un chal sobre sus hombros. — ¿Vas a salir, mamá? —preguntó Juana sorprendida. —Sí, querida; tengo que hacer un encargo ahí cerca. No tardaré mucho. Sé juiciosa... Afuera proseguía el deshielo. Un río de lodo corría por la calzada. En la calle de Passy, Elena entró en un almacén de calzado donde ya había estado con la tía Fétu. Luego volvió a la calle Raynouard. El cielo era gris, una neblina se desprendía del pavimento. La calle se hundía ante ella, desierta e inquietante, pese a la hora temprana, con sus escasas luces de gas, las cuales, en el vaho de la humedad, se convertían en manchas amarillas. Apresuraba el paso, rozando las casas, escondiéndose como si se dirigiera a una cita. Pero cuando, de pronto, dio la vuelta al pasadizo des Eaux, se detuvo bajo el arco, presa de verdadero miedo. El pasaje se abrió bajo sus pies como un negro agujero. No alcanzaba a ver el fondo, sólo vislumbraba, en aquel pozo tenebroso, la claridad del único reverbero que lo iluminaba. Al fin se decidió. Se cogió a la barandilla de hierro para no caerse. Con la punta de los pies tanteaba los amplios escalones. A derecha e izquierda se iban cerrando los muros, alargados desmesuradamente por la noche, en tanto que las ramas desnudas de los árboles ponían, por encima, vagos perfiles de brazos gigantescos con manos tendidas y crispadas. Temblaba con sólo pensar que la puerta de uno de estos jardines podía abrirse y que un hombre se le echaría encima. No pasaba nadie y ella descendía lo más rápidamente posible. De pronto surgió una sombra en la oscuridad; un estremecimiento la heló, cuando la sombra tosió; era una anciana que subía pesadamente. Entonces se sintió tranquilizada, alzó con mayor cuidado su vestido, cuya cola se arrastraba por el fango. El barro era tan espeso que sus zapatos quedaban como clavados en los peldaños. Cuando estuvo abajo, se volvió con un movimiento instintivo. La humedad de las ramas goteaba en el pasaje, el reverbero desprendía una claridad de lámpara de minero, colgada en la pared de un pozo que las infiltraciones hubiesen hecho peligroso. Elena subió directamente al desván donde había venido tan a menudo, a lo alto de la casa del pasaje. Pero llamó en vano; no notó el menor movimiento. Descendió entonces, muy apurada. La tía Fétu estaba, sin duda, en el departamento del primer piso; pero Elena no se atrevía a presentarse allí. Durante cinco minutos permaneció en el zaguán, iluminado por una lámpara de petróleo. Subió de nuevo, dudó, miró las puertas y ya iba a marcharse cuando la anciana se asomó inclinándose por encima de la barandilla. — ¡Cómo!, está usted en la escalera, mi buena señora... Pero entre usted, no se quede ahí, que puede coger frío... ¡Ah!, es traidor como la misma muerte... —No, gracias —dijo Elena—. Aquí tiene usted su par de zapatos, tía Fétu... Y miró hacia la puerta de la tía Fétu, que había dejado abierta tras ella. Se veía el rincón de una cocina. —Estoy sola, se lo juro —repetía la vieja—. Entre... Por ahí está la cocina. ¡Ah!, por lo menos usted no es nada orgullosa con los pobres. Esto sí que no se puede negar... Entonces, pese a su repugnancia, avergonzada de lo que estaba haciendo, Elena la siguió. —Aquí tiene su par de zapatos, tía Fétu... — ¡Dios mío! ¿Cómo podré agradecerérselo?... ¡Y que espléndidos zapatos! Espere un instante, que voy a ponérmelos. Completamente a medida, me van como un guante... ¡Bendito sea Dios! Por lo menos, con esto se puede andar; ni que llueva... Usted es mi salvación, usted me alarga la vida en diez años, mi buena señora. No se trata de un cumplido; es lo que pienso; tan de verdad como esta lámpara que nos alumbramos. No, no soy adulatora... Se enternecía hablando, había cogido las manos de Elena y las estaba besando. En una cacerola se calentaba el vino y, sobre la mesa, junto a la lámpara, una botella de burdeos medio vacía alargaba su estrecho cuello. Por otra parte, no había más que cuatro platos, un vaso, dos cazuelas de barro y una olla. Se veía que la tía Fétu utilizaba esta cocina de soltero de la que no encendía la lumbre más que para ella. Viendo que los ojos de Elena se fijaban en la cacerola, tosió y se hizo la enferma. —Ahora vuelve a dolerme en el vientre —gimió—. El médico dirá lo que quiera, pero debo de tener un gusano... En fin, una pizca de vino me reconforta... Estoy muy afligida, mi buena señora. No le deseo mal a nadie, esto no estaría bien... En fin, me mimo un poco, ahora. Cuando una se las ha visto de todos los colores, tiene derecho a mimarse, ¿verdad? He tenido la fortuna de tropezar con un señorito muy amable. ¡Que el cielo le bendiga! Echó dos grandes terrones de azúcar en el vino. Estaba engordando y sus ojillos desaparecían en el abotagamiento de la cara. Una dicha beatífica hacía más lentos sus movimientos. Por fin,

parecía haber dado cumplimiento a la ambición de su vida. Había nacido para esto. Cuando guardó el azúcar, Elena, en el fondo del armario, adivinó algunas golosinas, un bote de mermelada, un paquete de galletas y algunos cigarrillos robados al señorito. —Bueno, ¡adiós, tía Fétu!, me voy —dijo Elena. Pero la vieja, que empujaba la cacerola hacia el fondo del fogón, murmuró: — ¡Deje!, está demasiado caliente; me lo beberé luego... No, no salga por ahí. Le pido que me disculpe por haberla recibido en la cocina... Demos la vuelta. Había cogido la lámpara y se había metido por un estrecho pasillo. Elena, cuyo corazón palpitaba, siguió tras ella. El pasillo, agrietado y ahumado, rezumaba humedad. Una puerta se abrió y caminó sobre una espesa alfombra. La tía Fétu había avanzado algunos pasos, hasta el centro de una habitación cerrada y silenciosa. — ¿Eh? —dijo levantando la lámpara—; es bonito. Eran dos habitaciones cuadradas que comunicaban entre sí por una puerta de la que se habían quitado los batientes. Sólo una cortina las separaba. Ambas estaban tapizadas con la misma cretona color de rosa con medallones Luis XV y unos amorcillos mofletudos que jugueteaban entre guirnaldas de flores. En la primera habitación había un velador, dos confortables sillones y unas butacas; la segunda, más pequeña, estaba totalmente ocupada por una inmensa cama. La tía Fétu hizo notar, en el techo, una lamparilla de cristal pendiente de unas cadenas doradas. Para ella, esta lamparilla representaba el colmo de los lujos. —No puede usted imaginarse sujeto más extravagante. En pleno mediodía, lo enciende todo, y aquí se queda, fumando un cigarro y mirando al techo... Parece que esto divierte al buen hombre... Y mire que le ha de haber costado dinero... Elena, sin hablar, hacía el recorrido de las dos habitaciones. Las encontraba vulgares; eran demasiado rosa, el lecho era demasiado grande, los muebles demasiado nuevos. Se notaba en ellos un intento de seducción molesta por su fatuidad. Una modistilla sucumbiría en seguida. Pero cierta turbación se iba apoderando de ella mientras la vieja proseguía guiñando los ojos: —Se hace llamar señor Vincent... A mí me da lo mismo... Puesto que el muchacho paga... —Hasta la vista, tía Fétu —repitió Elena, que se ahogaba. Al querer marcharse, abrió una puertecilla tras la cual seguían tres habitaciones de una desnudez y suciedad horribles. El papel de las paredes había sido arrancado y colgaba a trozos, los techos estaban negros, y había pedazos de yeso en las destrozadas baldosas. Rezumaban el hedor de la vieja miseria. — ¡No, por ahí no! —gritó la tía Fétu—. Generalmente, esta puerta está cerrada, pero... Son las habitaciones que no ha mandado arreglar. ¡Diantre!, lo demás le salió bastante caro... Claro que no es tan bonito... Por aquí, mi buena señora, por aquí... Cuando Elena estuvo de nuevo en el gabinete tapizado de rosa, la detuvo para besarle de nuevo las manos. — ¡Vamos! Yo no soy ingrata... Me acordaré siempre de estos zapatos. Es que me van tan bien y son tan calentitos, que caminaría tres leguas con ellos... ¿Qué puedo pedirle a Nuestro Señor para usted? ¡Dios mío!, escuchadme y haced que ella sea la más feliz de las mujeres. Vos, que leéis en mi corazón, sabéis lo que para ella deseo. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén. Una súbita exaltación religiosa la había acometido y no paraba de trazar el signo de la cruz, repartiendo genuflexiones al gran lecho y a la lamparilla de cristal. Después, al abrir la puerta que daba al descansillo de la escalera, añadió al oído de Elena, mudando su voz: —Cuando usted lo desee, llame a la cocina: yo estoy siempre. Elena, aturdida, miraba tras ella como si saliese de un lugar sospechoso; descendió la escalera, subió por el pasaje des Eaux y se encontró en la calle Vineuse, sin darse cuenta del camino recorrido. Únicamente al llegar allí se sorprendió de la última frase de la tía Fétu. Seguro; jamás volvería a poner los pies en aquella casa. No tenía por qué llevarle nuevas limosnas. ¿Para qué, entonces, habría de llamar a la cocina? Ahora se sentía satisfecha: había visto. Y sentía menosprecio contra sí misma y contra los demás. ¡Qué vileza haber ido allí! Las dos habitaciones, con su cretona, reaparecían constantemente ante sus ojos. Con una sola mirada había captado todos los detalles, incluso la disposición de las butacas y los pliegues de las cortinas que adornaban el lecho... Pero siempre las otras tres pequeñas habitaciones, las sucias, vacías y abandonadas, reaparecían. Y esta visión, estos muros leprosos, cubiertos por los amorcillos mofletudos, le producían tanta cólera como asco. — ¡Por fin, la señora! —gritó Rosalía, que estaba oteando por la escalera—. ¡Buena estará la cena! Hace media hora que todo se está quemando. En la mesa, Juana abrumó a su madre a preguntas. ¿Dónde había estado? ¿Qué había hecho? Como no recibía más que contestaciones evasivas, se puso a jugar sola a las comiditas: había sentado en una silla, junto a ella, a una de las muñecas. Fraternalmente le cedía la mitad de su postre. —Ante todo, señorita, hay que comer de una manera limpia... Séquese los labios... ¡Oh, mi pequeña chapucera!, ni siquiera sabe sujetarse la servilleta... Así, de esta manera estás guapa... Anda, aquí tienes una galleta. ¿Qué dices? ¿Qué quieres que te eche mermelada encima?... ¡Vaya! Así está mejor, ¿verdad?... Deja que te monde un cuarto de manzana... Y ponía la parte correspondiente a la muñeca encima de la silla. Pero, cuando su plato estuvo vacío, fue tomando una a una las golosinas y las comió hablando como si fuera ella la muñeca. — ¡Oh, es exquisito!... Jamás comí mejor mermelada. ¿Dónde la compra usted, señora? Diré a mi marido que me traiga un bote... Y estas preciosas manzanas, ¿las coge usted en su huerto, señora? Se durmió jugando y cayó en su habitación con la muñeca en brazos. Desde por la mañana no había parado. Sus piernecitas no podían más y el cansancio del juego la había fulminado; dormida seguía riéndose, y es que debía

de soñar que seguía jugando. Su madre la acostó, inerte, desmadejada, mientras ella, seguramente, seguía jugando con los angelitos. Quedó Elena sola en la habitación. Se encerró y pasó una velada espantosa junto al fuego, mortecino. No era dueña de su voluntad y unas inconfesables ideas iban haciendo un sordo trabajo en su espíritu. Era como si una mujer mala y sensual, que ella desconocía, le hablase con voz soberana a la que ella no podía desobedecer. Cuando sonó la medianoche, se acostó apesadumbrada. Pero en la cama sus tormentos se hicieron intolerables. Dormía a medias y se revolvió como sobre brasas. Imágenes, agrandadas por el insomnio, la perseguían. Después, un pensamiento se fijó en su cerebro, y aun cuando quería rechazarlo, el pensamiento persistía, le apretaba la garganta, se apoderaba de ella. Hacia las dos se levantó con la rigidez y la pálida resolución de una sonámbula, encendió la lámpara y escribió una carta disfrazando su escritura. Era una denuncia vaga, un billete de tres líneas rogando al doctor Deberle que fuese aquel mismo día a tal lugar y a tal hora, sin ninguna explicación ni firma alguna. Cerró el sobre y puso la carta en la faltriquera de su traje tirado sobre una butaca. Y, cuando se acostó de nuevo, se durmió en seguida, sin aliento, anonadada por un sueño de plomo.

Cuarta parte. Capítulo Tercero. Al día siguiente, Rosalía no pudo servir el café con leche hasta las nueve. Elena se había levantado tarde, derrengada y pálida por la pesadilla de la noche. Buscó en la faltriquera de su traje, notó la carta, la hundió más y vino a sentarse ante el velador sin hablar. Juana también sentía su cabeza pesada, tenía un gesto triste e inquieto. Dejó la camita a disgusto y aquella mañana no le apeteció el juego. El cielo era color de hollín y una luz pesada entristecía la habitación, en tanto que unos bruscos chaparrones, de vez en cuando, azotaban los cristales. —Hoy la señorita está de malas —decía Rosalía, que hablaba sola— No puede estar alegre dos días seguidos... ¡Esas tenemos por haber saltado tanto ayer! — ¿Te sientes enferma, Juana? —preguntó Elena. —No, mamá —respondió la pequeña—. Tiene la culpa este cielo tan feo. Elena volvió a su silencio. Terminó su café y se quedó absorta, con los ojos fijos en la llama. Al levantarse, se dijo que su deber le ordenaba que hablase con Julieta, que la hiciera renunciar a aquella cita de la tarde. ¿Cómo?, lo ignoraba; pero la necesidad de esta gestión le había asaltado de pronto, y en su cabeza no cabía más pensamiento que este intento que se imponía y la obsesionaba. Sonaron las diez y se vistió. Juana la miraba. En cuanto la vio coger el sombrero, apretó las manos como si tuviera frío, mientras la sombra de un pesar descendía sobre su cara. De ordinario se mostraba muy celosa de las salidas de su madre, sin querer dejarla, y exigiendo que la llevase a todas partes con ella. —Rosalía —dijo Elena—, dése usted prisa en arreglar la habitación.. No salga usted. Vuelvo en seguida. Se agachó y besó rápidamente a su hija sin notar su pena. En cuanto se hubo marchado, la niña que había cifrado su orgullo en no dolerse, soltó un sollozo. — ¡Esto sí que está feo, señorita! —le dijo la criada por todo consuelo—. No tema, que no van a robar a su mamá. Hay que dejarla que se ocupe de sus asuntos... No va usted a estar siempre colgada de sus faldas. Mientras, Elena había dado la vuelta a la esquina de la calle de Vineuse, deslizándose a lo largo de las paredes para protegerse del chubasco. Fue Pedro quien le abrió, y pareció un tanto confuso. — ¿Está en casa la señora Deberle? —Sí, señora; sólo que no sé... Y, como Elena, en su calidad de persona de confianza se dirigiera hacia el salón, se permitió detenerla. —Un momento, señora; voy a ver. Se deslizó a la habitación, abriendo la puerta lo menos posible, y se oyó en seguida la voz enojada de Julieta. — ¿Cómo dejó usted que pasara? Le había prohibido formalmente... Es increíble; no se puede estar tranquila ni un minuto. Elena empujó la puerta dispuesta a llevar a término lo que creía su deber. — ¡Pero si es usted! —dijo al verla Julieta—. Había entendido mal... Pero conservaba su gesto contrariado. Evidentemente, la visita resultaba inoportuna. — ¿Acaso la molesto? —preguntó Elena. —No, no... Lo comprenderá usted en seguida. Se trata de una sorpresa que nos reservábamos. Estamos ensayando Un caprice para representarlo uno de mis miércoles. Habíamos elegido la mañana precisamente para que nadie se enterara... ¡Oh!, quédese ya. Con tal de que sea usted discreta... Y, dando una palmada, se dirigió a la señora Berthier, que estaba de pie en medio del salón, y prosiguió sin ocuparse más de Elena: —Está bien; sigamos trabajando... No pone usted bastante malicia en esta frase: «Hacer una bolsa a escondidas del marido, a los ojos de mucha gente, pasaría como algo más que romántico...» Repítalo de nuevo. Elena, muy sorprendida de la tarea en la que la veía ocupada, se quedó sentada muy atrás. Habían corrido hacia la pared las mesas y las sillas, y la alfombra quedaba libre. La señora Berthier, una rubia muy fina, soltaba su monólogo, levantando los ojos al techo en busca de las palabras; en tanto que la señora Guiraud, una hermosa morena que se había encargado del papel de la «señora de Léry», esperaba, sentada en un sillón, el momento de hacer su entrada. Dichas señoras, con sus sencillos trajes de mañana, no se habían quitado ni guantes ni sombrero. Frente a ellas, teniendo en la mano el volumen de Musset, Julieta, con el pelo alborotado, envuelta en un gran peinador de cachemira blanco, se daba todos los aires de un director que indica a los artistas las inflexiones de voz y los juegos escénicos. Como el día era bastante nublado, las pequeñas cortinillas de tul bordado habían sido corridas y cruzadas en las fallebas, dejando a la vista el jardín que se perdía en su húmeda oscuridad. —No se la nota a usted bastante emocionada —declaró Julieta—. Ponga más intención; cada palabra debe causar efecto: «Vamos a hacer, mi querida

bolsita, vuestro último tocado...» Empiece de nuevo. —Soy muy mala —dijo lánguidamente la señora Berthier—. ¿Por qué no representa usted mi papel? Haría usted una «Matilde» deliciosa... — ¡Oh, yo no...! En primer lugar, tiene que ser una rubia. Y, además, yo soy muy buena profesora, pero no actúo jamás... Trabajemos, trabajemos. Elena permanecía en su rincón. La señora Berthier, entregada por completo a su papel, ni se había vuelto. La señora Guiraud le había dirigido un leve movimiento de cabeza. Comprendía que estaba de más y que no debía haberse sentado. Lo que la retenía ya no era la idea del cumplimiento de un deber, sino una sensación singular, profunda y confusa, que ya otras veces había sentido allí. Sufría por la forma indiferente como la recibía la señora Deberle. Era muy caprichosa en sus amistades; adoraba a las personas durante tres meses, se lanzaba a su cuello y parecía no poder vivir sin ellas; luego, una mañana, sin saber por qué, parecía que apenas las conociera. Sin duda, en esto como en todas las cosas, obedecía a una moda, a la necesidad de querer a las personas que eran queridas a su alrededor. Estos súbitos cambios de ternura herían mucho a Elena, cuyo espíritu amplio y tranquilo soñaba siempre en lo eterno. Muchas veces había salido de casa de los Deberle muy triste y verdaderamente desesperada al considerar la poca confianza que se podía tener en los sentimientos humanos. Pero esta mañana, con la crisis que estaba pasando, le producía un dolor mucho más vivo. —Saltemos la escena de «Chavigny» —dijo Julieta—. No va a venir esta mañana... Pasemos a la salida a escena de la «señora de Léry». Usted, señora Guiraud: dele la réplica. Y leyó: —«Imagine que le enseño esta bolsa. . .» La señora Guiraud se había levantado. Hablaba en voz de faldete y aparentaba un aire alocado; comenzó: —«Me parece muy bonita; déjeme ver...» Cuando el criado le abrió la puerta, Elena imaginaba una escena completamente distinta. Esperaba encontrar a Julieta, nerviosa, muy pálida, temblando al pensar en la cita, vacilante y atraída; se veía a sí misma instándola a que reflexionara, hasta que la joven, ahogada por el llanto, se refugiaba en sus brazos. Entonces hubiesen llorado juntas; Elena se habría retirado con la idea de que Enrique estaba para siempre perdido para ella, pero que de este modo había asegurado su felicidad. Por el contrario, se encontraba con ese ensayo del que no comprendía ni una palabra; encontraba a Julieta con la cara tranquila, habiendo dormido bien sin duda y lo bastante serena para discutir los gestos de la señora Berthier, sin preocuparse en absoluto de lo que pudiera hacer o no hacer por la tarde. Esta indiferencia, esta ligereza, helaron a Elena, que había llegado ardiendo de pasión. Quiso hablar. Preguntó porque sí: — ¿Quién hace de «Chavigny»? —Malignon —dijo Julieta volviéndose sorprendida—. Ha representado «Chavigny» durante todo el invierno... Lo fastidioso es que no hay manera de que asista a los ensayos... Óiganme, señoras: voy a leer el papel de «Chavigny». Si no, no terminaremos nunca. Desde entonces, ella representó también, haciendo de hombre, ahuecando involuntariamente la voz y adoptando ademanes desenvueltos, arrastrada por la situación. La señora Berthier arrullaba, la gorda señora de Guiraud hacía un esfuerzo infinito para parecer vivaracha e ingeniosa. Pedro entró para echar leña al fuego y, con una mirada por encima del hombro, contempló a aquellas señoras, que le parecían ridículas. No obstante, Elena seguía decidida y, pese a la opresión que sentía en su corazón, intentó llevar aparte a Julieta. —Sólo un minuto. Tengo que decirle algo. — ¡Oh!, imposible querida... Ya ve usted cómo estoy de ocupada... Mañana, si le va a usted bien... Elena se calló. El tono despreocupado de la joven la irritaba. Sentía cólera al verla tan tranquila, mientras ella, desde la víspera, soportaba tan dolorosa angustia. Por un momento pensó en marcharse y dejar que las cosas siguieran su curso. Era tonta al querer salvar a esa mujer; la pesadilla de la noche comenzaba de nuevo; su mano, que acababa de buscar la carta en la faltriquera, la oprimía ardiendo de fiebre. ¿Por qué tenía que querer a los demás, si los demás no la querían y no sufrían como ella? — ¡Oh, muy bien ! — gritó de pronto Julieta. La señora Berthier, apoyando la cabeza en el hombro de la señora de Guiraud, repetía entre sollozos: —«Estoy segura de que él la quiere, estoy segura.» —Tendrá usted un éxito loco —dijo Julieta—. Haga una pausa, ¿comprende?... «Estoy segura de que él la quiere, estoy segura...» E incline la cabeza. Es adorable. Ahora usted, señora de Guiraud. —«No, hija mía, esto no es posible; se trata de un capricho, de una fantasía...» —declamó la gorda señora. —Perfecto. La escena es larga. Si les parece, descansemos un instante... Debemos poner a punto el juego escénico. Entonces, entre las tres, discutieron la disposición del salón. La puerta del comedor, a la izquierda, serviría para las entradas y salidas; colocarían una butaca a la derecha, un canapé al fondo y se arrinconaría la mesa junto a la chimenea. Elena, que se había levantado, las seguía como si se interesara por la disposición de la escena. Había renunciado al proyecto de provocar una explicación y quería sencillamente intentar de nuevo impedir que Julieta fuese a la cita. —Vine —le dijo— únicamente para preguntarle si es hoy cuando va usted a visitar a la señora de Charmette. —Sí, esta tarde. —Entonces, si me lo permite, vendré a buscarla, pues hace mucho tiempo que tengo prometida una visita a esta señora. Julieta se turbó un momento, pero se tranquilizó de inmediato. —Seguro, me encantaría... Pero he de hacer una multitud de gestiones: primero he de ir de tiendas; de modo que, verdaderamente, no sé a qué hora llegaré a casa de la señora de Charmette. —No importa —repuso Elena —; así doy un paseo. —Óigame, le voy a hablar francamente... Bueno... no insista; hoy no me es posible... Dejémoslo para el próximo lunes. Esto fue dicho sin ninguna emoción, tan

limpiamente, con una sonrisa tal, que Elena, confusa, no supo qué contestar. Tuvo que ayudar a Julieta, que quería llevar en seguida la mesita junto a la chimenea. Después se retiró, en tanto que la representación continuaba. Luego, al final de la escena, la señora de Guiraud, en su monólogo, lanzó con gran impulso estas dos frases: —«¡Pero qué abismo es el corazón del hombre! ¡A fe mía que valemos más que ellos!» ¿Qué debía hacer ahora? En el tumulto que esta pregunta levantaba en ella, sólo había ideas confusas de violencia. Sentía la irresistible necesidad de vengarse de la calma de Julieta como si esta serenidad fuese una injuria para la fiebre que la agitaba. Deseaba su perdición, para ver si seguiría también con la sangre fría de su indiferencia. Además, se despreciaba a sí misma por las delicadezas y escrúpulos que había sentido. Veinte veces debió decir a Enrique: «Te quiero, tómame y vayámonos», sin temblar, y mostrarle el rostro ingenuo y tranquilo de esta mujer que, tres horas antes de su primera cita, representaba comedias en su casa. Incluso en este instante temblaba más que ella; era esto lo que la enloquecía, la conciencia de su arrebato en medio de la paz sonriente de este salón, el miedo a estallar de pronto con palabras apasionadas. ¿Tan cobarde era? Una puerta se había abierto, y oyó de pronto la voz de Enrique que decía: —No se molesten... No hago más que cruzar. El ensayo estaba terminando. Julieta, que seguía leyendo el papel de «Chavigny», había cogido la mano de la señora Guiraud. —«¡La adoro, Ernestina!» —gritó en un impulso lleno de convicción. —«¿Ya no amáis a la señora de Blainville?» —recitó la señora de Guiraud. Pero Julieta se negó a continuar en tanto su marido estuviese allí. Los hombres no tenían por qué enterarse. Entonces el doctor se mostró muy amable con las señoras, las cumplimentó y les aseguró un gran éxito. Con guantes negros, bien afeitado y muy correcto, regresaba de sus visitas. Al llegar había saludado sencillamente a Elena con un ligero movimiento de cabeza. Había visto, en la «Comédie Française», a una gran actriz en el papel de la «señora de Léry», e indicaba a la señora de Guiraud el movimiento escénico. —En el momento en que «Chavigny» va a caer a sus pies, usted se acerca a la chimenea y echa la bolsa al fuego. Con frialdad, ¿comprende? Sin cólera, como mujer que finge el amor... —Bueno, bueno; déjanos —repetía Julieta—. Ya sabemos todo esto. Y, cuando él empujó la puerta de su gabinete, ella repitió el gesto: —«¡La adoro, Ernestina!» Enrique, antes de marcharse, había saludado de nuevo a Elena con el mismo gesto. Ella se había quedado muda, en espera de una catástrofe. Ese brusco cruzar del marido le parecía lleno de amenazas. Pero en cuanto no estuvo allí, le pareció ridículo con su cortesía y su ceguera. ¡También él se preocupaba por esa comedia imbécil! ¡Y no había habido una llamarada en sus ojos al verla allí! Entonces, toda la casa le pareció hostil y glacial. Era un derrumbamiento, ya nada la retenía pues detestaba a Enrique tanto como a Julieta. En el fondo de su faltriquera había cogido de nuevo la carta con los dedos crispados. Balbuceó un «hasta luego» y se marchó como en un vértigo que hacía girar los muebles a su alrededor, mientras que estas palabras, pronunciadas por la señora Guiraud, retumbaban en sus oídos: —«¡Adiós! Puede que hoy me guarde usted rencor, pero mañana sentirá por mí cierta amistad; y, créame, esto vale más que un capricho.» En la acera, cuando Elena hubo cerrado la puerta, sacó la carta con un gesto violento y de manera mecánica la echó en el buzón. Luego se detuvo unos segundos mirando estúpidamente la cartela de cobre, que había caído de nuevo. —Ya está hecho —dijo a media voz. Veía otra vez las dos habitaciones tapizadas de cretona color de rosa, las butacas, el enorme lecho. Allí estaban Malignon y Julieta; de pronto se desgajaba el muro y aparecía el marido. No sabía nada más, se sentía tranquila. Con una mirada instintiva observó si alguien le podía haber visto echando la carta. La calle estaba vacía; dobló la esquina y subió a su casa. — ¿Has sido buena, querida? —dijo besando a Juana. La chiquilla, sentada en la misma butaca, levantó su cara enfurruñada. Sin contestar, echó sus dos bracitos al cuello de la madre y la besó exhalando un gran suspiro. Tenía mucha pena. A la hora del almuerzo, Rosalía parecía asombrada. —La señora debe de haber hecho una gran caminata. — ¿Por qué? —preguntó Elena. —Pues hay que ver con qué apetito come la señora... Hacía tiempo que la señora no comía tan a gusto... Era verdad. Sentía mucha hambre, un inesperado alivio parecía darle apetito. Se sentía saturada de una paz y un bienestar increíbles. Después de los trastornos de los dos últimos días, se había hecho un silencio en ella, sus miembros parecían más descansados y ligeros, como al salir del baño. Sólo experimentaba ya una sensación de pesadez, una vaga opresión. Cuando entró en la habitación, sus miradas se dirigieron directamente al reloj, cuyas agujas marcaban las doce y veinticinco minutos. La cita de Julieta era para las tres. Faltaban todavía dos horas y media. Maquinalmente hizo este cálculo. Por otra parte, no sentía ninguna prisa. Las agujas caminaban, y ahora nadie en el mundo tenía poder bastante para detenerlas: dejaba que los hechos se consumaran. Desde hacía largo tiempo, una gorrita de niño empezada estaba sobre el velador. La cogió y se puso a coser delante de la ventana. Un gran silencio adormecía la habitación. Juana se había sentado en su sitio de costumbre, pero permanecía con las manos ociosas, inertes. —Mamá —dijo—, no puedo trabajar; no me entretiene. —Pues bien, querida; no hagas nada. Mira, vas a enhebrarme las agujas. Entonces la niña se puso a hacerlo silenciosamente y con gestos pausados. Cortaba cuidadosamente las hebras iguales y perdía infinidad de tiempo en encontrar el ojo de la aguja, de modo que llegaba justo a tiempo cuando su madre necesitaba una de ellas. — ¿Ves? —murmuró la madre—, así vamos más de prisa...

Esta noche, los seis gorritos quedarán terminados. Y se volvió para mirar el reloj. La una y diez minutos. Faltaban todavía cerca de dos horas. Enrique ya había recibido la carta. ¡Oh!, seguro que iría. Las señas eran precisas, lo encontraría en seguida. Pero todas estas cosas le parecían todavía muy lejanas y la dejaban fría. Cosía a puntadas regulares, con el esmero de una costurera. Transcurrían, uno a uno, los minutos. Sonaron las dos. La sorprendió una llamada a la puerta. — ¿Quién puede ser, madrecita? — preguntó Juana, que se había estremecido en su silla. Y, como viera entrar al señor Rambaud, le dijo: — ¿Eres tú?... ¿Por qué llamas tan fuerte? Me has dado miedo. El buen hombre pareció consternado. En efecto, había tirado muy fuerte del cordón. — Hoy no quiero ser cariñosa — prosiguió la chiquilla —; estoy malita y no hay que asustarme. El señor Rambaud se preocupó. ¿Qué le ocurría a la pequeña querida? Y no se sentó, tranquilizado, hasta que se dio cuenta de que Elena le dirigía un ligero gesto para advertirle de que Juana tenía la negra, como decía Rosalía. Ordinariamente pocas veces venía durante el día, de modo que quiso explicar en seguida el motivo de su visita. Se trataba de un paisano suyo, un viejo obrero que no podía encontrar trabajo por culpa de su mucha edad y que tenía a su mujer parálitica en un cuartucho más pequeño que la palma de la mano. Era inimaginable tanta miseria. Aquella misma mañana había subido a verle para darse cuenta. Un agujero bajo el tejado, con una lumbra por toda ventana, cuyos vidrios rotos dejaban entrar la lluvia; y allí dentro, sobre un jergón, una mujer envuelta en una vieja cortina, y el hombre, como atontado, sentado en el suelo, sin ánimos siquiera para barrer un poco. — ¡Pobres desgraciados! ¡Pobres desgraciados! — repetía Elena emocionada y con lágrimas en los ojos. No era el viejo obrero lo que preocupaba al señor Rambaud. Se lo llevaría a su casa y ya vería la manera de ocuparle. Pero la mujer, esa parálitica que su marido no se atrevía a dejar sola un momento y a la que había que hacer rodar como un fardo, ¿dónde meterla? ¿Qué se podía hacer con ella? — He pensado que usted — prosiguió — encontraría la manera de hacerla ingresar en un hospicio... Hubiese ido directamente a casa del señor Deberle, pero he pensado que usted le conoce más, que usted tendría más influencia... Si él quiere ocuparse, el asunto puede estar resuelto mañana. Juana había escuchado y estaba muy pálida, temblando con un estremecimiento de lástima. Juntó sus manos y murmuró: — ¡Oh mamá!, sé buena: haz que admitan a esa pobre mujer... — ¡Claro, claro! — dijo Elena, cuya emoción aumentaba—. En cuanto pueda, hablaré con el doctor y él mismo se ocupará de los trámites. Déme usted los nombres y la dirección, señor Rambaud. Este estaba escribiendo una nota sobre el velador; luego, incorporándose: — Son las dos y treinta y cinco minutos — dijo—. Puede que todavía encuentre usted el doctor en su casa. Ella también se había levantado y miró el reloj con un gran sobresalto. Eran, en efecto, las dos y treinta y cinco minutos y las minuterías seguían avanzando. En un balbuceo dijo que seguramente el doctor ya habría salido para hacer sus visitas. Sus ojos no abandonaban el reloj. No obstante, el señor Rambaud, con el sombrero en la mano, se mantenía de pie, repitiendo su historia. Esta pobre gente había vendido todo, incluso la estufa; desde principios de invierno, pasaban los días y las noches sin lumbre. A últimos de diciembre habían pasado cuatro días sin comer. Elena prorrumpió en una exclamación dolorosa. Las minuterías marcaban las tres menos veinte. El señor Rambaud tardó todavía dos minutos en marcharse. — Bueno, cuento con usted — dijo; e inclinándose para besar a Juana, añadió: — Hasta pronto, querida. — Hasta pronto... Vaya tranquilo: mamá no se olvidará y yo haré que lo recuerde. Cuando Elena volvió del recibidor, adonde había acompañado al señor Rambaud, la aguja marcaba las tres menos cuarto. Dentro de un cuarto de hora, todo habría terminado. De pie, ante la chimenea, tuvo una rápida visión de lo que iba a ocurrir: Julieta ya estaba allí y Enrique entraba y la sorprendía. Ella conocía la habitación, percibía los menores detalles con una claridad tremenda. Sobrecogida todavía por la lamentable historia del señor Rambaud, sintió un gran escalofrío que le subía de los miembros al rostro. Un grito interior estallaba en ella. Lo que había hecho era una infamia; la carta que había escrito, una cobarde denuncia. De pronto lo comprendía así con una claridad cegadora. ¡Cómo había podido cometer semejante infamia! Se acordaba del gesto que había hecho al echar la carta en el buzón, con el estupor con que una persona miraría a otra cometer una mala acción, sin que se le ocurriera la idea de intervenir. Era como si despertara de un sueño. ¿Qué habría ocurrido? ¿Por qué seguía allí sin dejar de mirar las agujas de aquel reloj? Habían pasado dos nuevos minutos. — Mamá — dijo Juana —, si quieres, esta tarde iremos las dos juntas a ver al doctor... Esto me servirá de paseo. Hoy siento que me ahogo. Elena ya no oía. Todavía trece minutos. No podía permitir que semejante abominación se realizara. En este despertar tumultuoso, sólo había en ella una firme voluntad de impedirlo. Era necesario: no podía vivir; y, como loca, corrió hacia su habitación. — ¡Ah, me llevas contigo! — gritó alegremente Juana—. Vamos a ver al doctor en seguida, ¿verdad madrecita? — No, no — respondió buscando sus zapatos y mirando debajo de la cama. No los encontraba: hizo un ademán de suprema indiferencia, pensando que también podía salir con sus zapatillas de andar por casa que llevaba puestas. Entretanto, estaba revolviendo el armario-espejo buscando su chal. Juana se había acercado muy mimosa. — Entonces, no vas a casa del doctor, madrecita... — No. — Oye: llévame de todos modos... ¡Oh, llévame! ¡Me gustaría tanto! Pero al fin había encontrado el chal y se lo echó a los hombros.

¡Dios mío! Nada más que doce minutos: el tiempo justo de correr... Iría allí, haría algo, cualquier cosa. Lo pensaría por el camino. —Madrecita, ¡llévame! —repetía Juana con una voz cada vez más baja y conmovedora. —No puedo llevarte —dijo Elena—. Voy a un sitio donde no deben ir las niñas... Dame mi sombrero. La cara de Juana había palidecido. Sus ojos se hicieron más negros y, con voz cortante, preguntó: — ¿Adónde vas? La madre no contestó, ocupada en anudar las cintas de su sombrero. La niña prosiguió: —Ahora siempre sales sin mí... Ayer saliste, hoy también has salido, y ahora todavía vuelves a marcharte. Yo sufro mucho; aquí, sola, tengo mucho miedo... ¡Oh!, si me dejas, voy a morirme. ¿Lo oyes?, voy a morirme si me dejas. Luego, sollozando, en una crisis de dolor y de rabia, se agarró a las faldas de su madre. —Vamos, suéltame, sé juiciosa; voy a volver en seguida —contestó ésta. —No, no quiero..., no quiero... —balbuceaba la niña—. ¡Oh! ya no me quieres; si me quisieras, me llevarías... ¡Oh!, no te figures que no veo que quieres más a los otros que a mí... Llévame, llévame, o me voy a echar en el suelo; y cuando vuelvas me encontrarás así tirada... Anudaba sus bracitos alrededor de las piernas de su madre, lloraba en los pliegues de su traje, se agarraba a ella, se hacía pesada para no dejarla avanzar. Las agujas caminaban: eran las tres menos diez. Entonces Elena pensó que jamás llegaría a tiempo y, perdiendo la cabeza, rechazó violentamente a Juana gritando: — ¡Qué chiquilla más insoportable!... ¡Es una verdadera tiranía!... ¡Si lloras, te acordarás de mí! Salió, cerrando la puerta con un golpe. Juana se había echado hacia atrás, tambaleándose hasta la ventana, cortado el llanto ante esta brutalidad, pálida y crispada. Tendió los brazos por dos veces hacia la puerta, gritando: — ¡Mamá! ¡Mamá! Y allí se quedó, de nuevo en su silla, con los ojos muy abiertos, el rostro convulso por el pensamiento celoso de que su madre la engañaba. En la calle, Elena, apresuró el paso. Había cesado la lluvia; únicamente grandes gotas se desprendían de los canalones y le mojaban pesadamente los hombros. Se había prometido reflexionar en cuanto saliera, disponer un plan. Pero sólo sentía la necesidad de llegar. Al meterse por el callejón des Eaux, dudó un momento. La escalera se había convertido en un torrente, los arroyos de la calle de Raynouard desbordaban y se arremolinaban. A lo ancho de los peldaños, entre los apretados muros, el agua burbujeaba formando espuma, mientras algunas extremidades del pavimento espejeaban, lavados por el chaparrón. Un rayo de luz pálida caía del cielo gris, blanqueando el pasaje entre las ramas negras de los árboles. Elena iba descendiendo y apenas si recogió su falda. El agua subía hasta la altura de sus tobillos y sus pequeños zapatos estuvieron a punto de perderse en los charcos. A su alrededor, a lo largo de su descenso, oía un bisbiseo claro, parecido al murmullo de los pequeños arroyos que se escurren bajo la hierba en el fondo de los bosques. De pronto se encontró ante la escalera, ante la puerta. Permaneció allí, jadeante, atormentada. Después se acordó y prefirió llamar a la cocina. — ¡Cómo! ¡Es usted! —dijo la tía Fétu. No hablaba con su voz lacrimosa. Sus pequeños ojos brillaban, mientras una sonrisa de vieja complaciente temblaba en las mil arrugas de su cara. Ya no se cohibía y, mientras escuchaba las palabras entrecortadas de Elena, le golpeaba suavemente las manos. Elena le dio veinte francos. —Dios se lo pague — balbuceó la tía Fétu por costumbre—. Todo lo que usted quiera, mi pequeña. Cuarta parte. Capítulo Cuarto. Malignon, arrellanado en su sillón, con las piernas extendidas ante el gran fuego que llameaba en la chimenea, esperaba tranquilo. Había tenido el refinamiento de cerrar las cortinas de las ventanas y encender las bujías. La primera habitación, en la que se encontraba, estaba vivamente iluminada por una pequeña araña y dos candelabros. En la alcoba, por el contrario, reinaba la oscuridad; únicamente la lamparilla de cristal derramaba una débil luz crepuscular. Malignon sacó el reloj. — ¡Diantre! —murmuró —; a ver si hoy también me va a dejar plantado. No pudo disimular un ligero bostezo. Hacía una hora que esperaba y no le resultaba muy divertido. De todos modos, se levantó y echó un vistazo a los preparativos. La disposición de las butacas no le agradó y arrastró un confidente ante la chimenea. Las bujías ardían con su reflejo rosa sobre el tapizado de cretona; silenciosamente, la habitación iba caldeándose confortablemente mientras afuera soplaban brucas ráfagas. Luego examinó por última vez la alcoba y su vanidad se sintió satisfecha: le pareció perfecta, de verdadera elegancia, convenientemente acolchada y con la cama perdida en una sombra voluptuosa. En el momento en que disponía adecuadamente los encajes de las almohadas, llamaron con tres golpes rápidos. Era la señal. — ¡Por fin! —se dijo en voz baja, con aire triunfal. Corrió a abrir. Julieta entró, con el velo de su sombrero tapándole el rostro, envuelta en un abrigo de pieles. Mientras Malignon cerraba suavemente la puerta, ella permaneció un momento inmóvil, sin que se notara la emoción que le cortaba la palabra. Pero, antes de que el joven tuviera tiempo de cogerle la mano, levantó su velo y mostró su rostro sonriente, un poco pálido, pero perfectamente tranquilo. — ¡Vaya! Ha encendido usted las luces —exclamó—. Tenía entendido que detestaba usted eso de encender las luces en pleno día. Malignon, que se disponía a estrecharla entre sus brazos con un ademán estudiado que había preparado, quedó desconcertado y explicó que el día estaba demasiado feo y que las ventanas daban sobre un descampado. Por otra parte, adoraba la noche. —Con usted nunca se sabe —repuso ella burlándose—. La pasada primavera, cuando mi baile infantil, me hizo usted todo un drama: que aquello parecía un panteón y que se diría que se entraba en la casa de un difunto... Bueno, digamos que

cambió usted de gusto. Parecía que estuviese de visita, fingiendo una seguridad que le hacía ahuecar un tanto la voz. Era el único indicio de su turbación. De vez en cuando se le contraía un poco la barbilla como si sintiera alguna molestia en la garganta. Pero sus ojos brillaban y saboreaba el vivo placer de su imprudencia. Luego, en una transición, pensó en la señora Chermette, que tenía un amante. ¡Dios mío! De todos modos, resultaba divertido. — Vamos a ver cómo se ha instalado usted —añadió. Dio una vuelta por la estancia. Él la seguía reflexionando que debió besarla ante todo; ahora ya no era posible, y había que esperar. Entre tanto ella examinaba los muebles, miraba las paredes, levantaba la cabeza y retrocedía sin dejar de hablar. — Su cretona no me gusta mucho. ¡Es tan vulgar! ¿De dónde se ha sacado usted este rosa abominable?... Vaya, esta silla sería bonita si no hubiesen dorado tanto la madera... Y ni un cuadro, ni una figura; sólo esta araña y estos candelabros sin ningún estilo... ¡Ay, amigo mío, puede usted seguir burlándose de mi pabellón japonés!... Se reía y se vengaba de sus viejas diatribas, por las que le guardaba verdadero rencor. — ¡Ahora podemos hablar de su buen gusto!... ¿Sabe usted que mi ídolo cuesta más que todo su mobiliario?... Ni un hortera habría aceptado ese rosa... ¿Es que se ha propuesto usted seducir a la lavandera? Malignon, muy ofendido, no contestaba nada; intentaba conducirla hacia la alcoba. Ella se quedó en el umbral diciendo que jamás entraba en lugares oscuros. Por otra parte, veía lo suficiente para darse cuenta de que la alcoba valía lo que el salón. Todo aquello procedía del arrabal Saint-Antoine. Pero fue la lámpara lo que más la divirtió. Estuvo implacable, sin parar de comentar aquella lámpara de pacotilla que era el sueño de todas las modistillas que esperan que les pongan piso. Se podían encontrar en cualquier bazar al precio de siete francos cincuenta. — ¡Me costó noventa! —acabó por chillar Malignon, perdida toda paciencia. Parecía encantada haciéndole rabiarse. Él se quedó luego más tranquilo y preguntó con malicia: — ¿No se quita usted el abrigo? — Sí — contestó ella —. ¡Qué calor hace en su casa! Se quitó incluso el sombrero, que él dejó, como el abrigo, sobre la cama. Cuando volvió, la encontró sentada junto al fuego y mirando todavía a su alrededor. Se había puesto más formal y consintió en mostrarse más conciliadora. — Es todo muy feo, pero no está usted mal instalado. A las dos piezas se les pudo sacar mejor partido. — ¡Oh!, para lo que han de servir... —dijo él con un ademán de indiferencia. Lamentó en seguida estas estúpidas palabras. No se podía ser más grosero ni más torpe. Ella había inclinado la cabeza sintiendo una molestia en la garganta, que le dolía. Durante un momento había olvidado por qué estaba allí. Él quiso aprovecharse de la turbación que había provocado. — Julieta... —murmuró inclinándose hacia ella. Con un gesto le obligó a que se sentara. Había sido en los baños de mar, en Trouville, donde a Malignon, aburrido de la vista del océano, se le ocurrió la idea de enamorarse. Hacía tres años que vivían en un ambiente de familiaridad pendenciera. Una tarde él le cogió la mano. Ella no se enfadó y lo tomó a broma. Después, con la cabeza vacía y el corazón libre, imaginó que le quería. Hasta entonces había hecho siempre lo que veía hacer a las amigas que la rodeaban; a falta de una pasión, fue la curiosidad y la necesidad de ser como las demás los sentimientos que la impulsaron. Al principio, si el joven se hubiese mostrado brutal, seguro que hubiese sucumbido. Pero tuvo la fatuidad de querer triunfar por el ingenio y permitió que se habituara al juego de coquetería que estaba representando. Luego, cuando su primera audacia, una noche que estaban mirando al mar como los amantes de las óperas cómicas, le había rechazado, enojada de que echara a perder aquello que la divertía. En París, Malignon, se había jurado ser más hábil. Acababa de recobrarla en una temporada de aburrimiento, al final de un invierno fatigoso, cuando las diversiones corrientes, las comidas, los bailes, los estrenos, empezaban a fatigarla por su monotonía. La idea de un departamento amueblado expresamente, en un barrio perdido, el misterio de una cita, el acicate de algo sospechoso que olfateaba, la habían seducido. Le parecía algo original que era necesario conocer. En el fondo de sí misma, había una serenidad tal, que no se sentía mucho más turbada en casa de Malignon que en los talleres de los pintores a los que subía a la búsqueda de cuadros para sus obras de beneficencia. — Julieta, Julieta —repetía el joven buscando inflexiones de voz acariciadoras. — Vamos, sea usted razonable —se limitó a decir ella. Y, cogiendo un abanico chino que había encima de la chimenea, se sintió tan tranquila como si estuviera en su propio salón. — Ya sabe usted que hemos ensayado esta mañana... Me temo que no estuve muy acertada eligiendo a la señora Berthier. Hace una «Matilde» llorona, insoportable... Ese monólogo tan bonito, cuando se dirige a su bolsa: «Pobre pequeña; te besaba hace un momento...» Pues lo declama como una colegiala que prepara un cumplido... Estoy muy preocupada. — ¿Y la señora de Guiraud? —preguntó él acercando su silla y cogiéndole la mano. — ¡Oh!, lo hace muy bien... He descubierto en ella una magnífica «señora de Léry» que tiene garra, y gracia... Le abandonaba su mano, que él besaba entre dos frases, sin que pareciera que ella se diese cuenta. — Pero lo peor es que no esté usted. En primer lugar, usted haría observaciones a la señora de Berthier; además, es imposible que alcancemos un buen conjunto si usted no viene nunca. Había logrado pasarle un brazo por el talle. — Puesto que yo ya sé mi papel... —murmuró. — Sí, está bien; pero queda sin resolver el juego escénico... Es usted muy poco amable no dedicándonos tres o cuatro mañanas. No pudo seguir; él estaba depositando una lluvia de besos en su cuello. Entonces ella tuvo que darse cuenta

de que la tenía entre sus brazos y le rechazó, abofeteándole ligeramente con el abanico chino, que había conservado. No cabe duda de que se había jurado no permitirle llegar más lejos. Su blanca cara enrojecía con los reflejos del fuego, sus labios se afinaban con la mueca de una mujer curiosa a la que sorprenden sus propias sensaciones. Verdaderamente, ¿sólo se trataba de esto? Habría que ir hasta el final, pero el miedo no se lo permitía. —Déjeme — balbuceó sonriendo con un gesto serio—; o voy a enfadarme de nuevo. Pero él creyó que la había impresionado. Pensaba fríamente: «Si la dejo salir de aquí como ha entrado, es asunto perdido.» Las palabras de nada servían. Le cogió las manos y quiso llegar hasta los hombros. Por un momento pareció que ella se abandonara. Sólo tenía que cerrar los ojos, y sabría hacerlo. Sentía este deseo y lo discutía en el fondo de sí misma con una gran lucidez. No obstante, le pareció que alguien gritaba «no». Era ella misma la que había gritado, antes de responderse. —No, no — repetía—. Déjeme, me hace usted daño... No quiero, no quiero. Como él no dijera nada y siguiera empujándola hacia la alcoba, se desprendió violentamente. Obedecía a un singular impulso, ajena a sus deseos, enojada contra sí misma y contra él. En su turbación, se le escaparon palabras entrecortadas. Realmente, él correspondía muy mal a su confianza. ¿Qué esperaba, haciendo gala de esta brutalidad? Llegó incluso a tacharle de cobarde. Jamás en la vida volvería a verle. Pero él la dejaba hablar para que se aturdiere y la perseguía con una risa mala y necia. Acabó balbuceando, refugiada tras una butaca, vencida de pronto, comprendiendo que ya le pertenecía antes de que él tendiera las manos para cogerla. Fue uno de los minutos más desagradables de su existencia. Allí estaban, cara a cara, con los semblantes demudados, avergonzados y violentos, cuando un ruido surgió. De momento no comprendieron. Habían abierto la puerta y unos pasos cruzaron la habitación mientras una voz les gritaba: — ¡Váyanse! ¡Váyanse!... Van a sorprenderlos. Era Elena. Ambos, estupefactos, la miraron. Su sorpresa era tan grande, que olvidaron lo embarazoso de la situación. Julieta no tuvo ni un gesto de agobio. — ¡Váyase usted! — repitió Elena—. Su marido estará aquí dentro de dos minutos. — ¿Mi marido? —tartamudeó la joven—. Mi marido... ¿Por qué? ¿Con qué objeto? Estaba atontada. Todo se barajaba en su cabeza. Le parecía prodigioso que Elena estuviera allí y que le hablase de su marido. Pero Elena tuvo un gesto de cólera. — ¡Ah!, si se figuran que tengo tiempo para explicarme... Ya está usted advertida. Váyase, de prisa; váyanse los dos. Entonces Julieta fue presa de una agitación extraordinaria. Corría por las habitaciones, trastornada, pronunciando palabras sin ilación. — ¡Oh Dios mío, Dios mío!... Muchas gracias... ¿Dónde está mi abrigo? ¡Qué tontería, esta habitación tan oscura!... ¡Denme mi abrigo, traigan una bujía para que pueda encontrar mi abrigo!... Querida, no se enfade si no le doy las gracias... ¿Dónde están las mangas? No las encuentro, no puedo más... El miedo la paralizaba; fue necesario que Elena la ayudara a ponerse el abrigo. Se puso el sombrero de través sin anudar las cintas. Lo peor fue que perdieron un minuto largo buscando el velo, que había caído debajo de la cama... Tartamudeaba y con manos torpes y temblorosas se palpaba para ver si olvidaba algo comprometedor. — ¡Qué lección, qué lección!... Esto se acabó. ¡Ya lo creo! Malignon, muy pálido tenía un aire imbécil. Pateaba, sintiéndose detestado y ridículo. La única reflexión que era capaz de hacerse era que, en efecto, no era hombre de suerte. No se le ocurrió otra cosa que hacer esta pregunta: —Entonces, ¿creen ustedes que yo también debo marcharme? Y, como nadie le contestara, cogió su bastón y siguió hablando para demostrar su sangre fría. Había tiempo de sobra. Precisamente existía otra escalera, una estrecha escalera de servicio abandonada, pero que podía utilizarse todavía. El coche de punto de la señora Deberle había quedado ante la puerta: podía llevar a los dos hacia los muelles. Y repetía: —Cálmense ya. Esto tiene fácil arreglo... Vengan, es por aquí. Había abierto una puerta y se veía la fila de las tres habitacioncitas, negras y destartaladas, abandonadas con toda su suciedad. Un soplo de aire húmedo entró. Julieta, antes de adentrarse en aquella miseria, sintió que se indignaba de nuevo y se preguntó en voz alta: — ¿Cómo pude venir a semejante sitio? ¡Es abominable! No me lo perdonaré jamás. —Dése prisa —dijo Elena, con igual ansiedad que ella. La empujó. Entonces la joven se lanzó a su cuello llorando. Era una reacción nerviosa. La acometía la vergüenza: hubiera querido defenderse, explicar por qué la habían encontrado en casa de ese hombre. Después, con un movimiento instintivo, recogió sus faldas como si fuera a cruzar un arroyo. Malignon, que había pasado el primero, limpiaba con la punta de su zapato los trozos de yeso que llenaban la escalera de servicio. Las puertas se cerraron de nuevo. Entre tanto, Elena se había quedado de pie en medio del saloncito. Escuchaba. A su alrededor se había hecho un silencio, un gran silencio cálido y encerrado, turbado tan sólo por el chisporroteo de los leños convertidos en brasa. Sus oídos zumbaban y no oía nada. Pero, al cabo de un rato que le pareció interminable, percibió el súbito rodar de un coche. Era el de Julieta, que partía. Entonces suspiró e hizo para sí misma un mudo ademán de agradecimiento. La idea de que ya no sentiría el eterno remordimiento de haber procedido con tanta bajeza la llenaba de una sensación dulce de inconcreta gratitud. Sentíase aliviada, muy enternecida, pero tan débil después de la terrible crisis por la que acababa de pasar, que no se sentía con fuerzas para alejarse a su vez. En el fondo, imaginaba que Enrique iba a venir y que tenía que encontrar a alguien. Llamaron y abrió en el acto. De momento, fue como una sorpresa. Enrique entró,

preocupado por la carta sin firmar que había recibido, con el rostro pálido por la inquietud. Pero, en cuanto la vio, dejó escapar una exclamación. — ¡Usted!... Pero, Dios mío, ¿era usted? Había, en esta exclamación, más estupor que alegría. Nunca esperaba una cita dada con osadía tal. Pronto, todos sus deseos de hombre despertaron ante un ofrecimiento tan imprevisto, en el voluptuoso misterio de aquel escondite. —Usted me quiere, me quiere — balbuceaba —. En fin: usted está aquí y yo no había comprendido... Abrió los brazos y quiso alcanzarla. Al entrar, Elena le había sonreído; pero ahora retrocedía, palideciendo. No cabía duda de que le estaba esperando; pero había imaginado que hablarían sólo un instante y luego inventaría cualquier historia. Bruscamente, comprendió la situación: Enrique imaginaba una cita; pero ella jamás había querido esto y se rebelaba. —Se lo ruego, Enrique; déjeme... Él le había cogido las muñecas y la atraía lentamente, como esperando vencerla con un beso. El amor, que había ido en aumento en él durante meses, se había adormecido después a causa de la falta de intimidad, pero estallaba ahora con mayor violencia cuanto que él empezaba ya a olvidar a Elena. Toda la sangre de su corazón subió a sus mejillas y ella se debatía a la vista de ese rostro ardoroso que reconocía y la asustaba. Otras dos veces le había visto con esos ojos de loco. —Déjeme, me da usted miedo... Le juro que se equivoca. Entonces Enrique pareció sorprendido de nuevo. —Pero ¿no es usted quien me ha escrito? —preguntó. Ella dudó por un segundo. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía responder? —Sí —murmuró al fin. No podía entregar a Julieta cuando acababa de salvarla. Se trataba de un abismo en el que se sentía hundirse. Enrique, ahora, iba examinando las dos habitaciones, sorprendiéndose de la iluminación y el decorado. Se atrevió a preguntar: — ¿Está usted en su casa? —Y, como se callara: —Su carta me ha atormentado mucho... Elena, usted me oculta algo. Por favor, tranquilíceme usted. Ella no escuchaba; pensaba que él estaba en lo cierto al pensar en una cita. Si no era así, ¿qué hacía ella allí?, ¿por qué le había aguardado? No se le ocurría ninguna historia; ni siquiera estaba segura de no haberle dado aquella cita. La envolvía un abrazo en el que iba desapareciendo lentamente. Él la acuciaba cada vez más, interrogándola con los labios sobre sus labios, para arrancarle la verdad. — ¿Me esperaba usted, me esperaba? Entonces, abandonándose sin fuerzas, acometida por aquella lasitud y aquella dulzura que la tronchaban, consintió en decir lo que él decía, en querer lo que él quisiera. — Le esperaba, Enrique... Sus bocas se acercaron más todavía. —Pero ¿a qué viene la carta?... Y yo la encuentro aquí... ¿Dónde estamos? —No me pregunte, no quiera usted saber... Tiene usted que jurármelo... Soy yo, y estoy junto a usted; lo está usted viendo. ¿Qué más quiere? — ¿Me ama usted? —Sí, le amo. — ¿Y eres mía, Elena, completamente mía? —Sí, por entero. Los labios junto a los labios, se habían besado. Ella lo había olvidado todo, cediendo a una fuerza superior. Esto le parecía ahora natural y necesario. Se había producido en ella una sensación de paz y sólo experimentaba sentimientos y recuerdos de su juventud. Un día parecido de invierno, cuando era jovencita, en la calle des Petites-Marie, había estado a punto de morir en una habitación sin aire, ante un gran fuego de carbón encendido para la plancha. Otro día, en verano, estaban abiertas las ventanas y un pinzón, extraviado en la calle oscura, había aleteado recorriendo su habitación. ¿Por qué pensaba entonces en la muerte, por qué veía como ese pájaro huía volando? Se sentía llena de melancolía y de inocencia, en el delicioso anonadamiento de todo su ser. —Estás empapada —murmuró Enrique—. ¿Acaso viniste a pie? Bajaba la voz para tutearla, le hablaba al oído como si hubiesen podido oírle. Ahora que ella se entregaba, sus deseos temblaban al verla, y la envolvía en una caricia ardiente y tímida, sin atreverse ya, retrasando el momento. Le acometía una preocupación fraternal por su salud, necesitaba ocuparse de ella en algo íntimo y minúsculo. —Tienes los pies mojados; vas a ponerte enferma —repetía—. ¡Dios mío, es insensato andar por las calles con semejantes zapatitos! La había hecho sentar ante el fuego. Elena sonreía sin defenderse, abandonándole sus pies para que los descalzara. Sus zapatillas, agujereadas en los charcos del pasaje des Eaux, estaban pesadas como esponjas. Él se las quitó y las puso a ambos lados de la chimenea. Las medias también estaban húmedas, marcadas por una mancha de barro hasta los tobillos. Entonces sin que ella pensara en ruborizarse, él, con un gesto de enfado lleno de ternura en su brusquedad, se las quitó diciendo: —Así se cogen los resfriados. Calientate. Había empujado un taburete. Los dos pies, blancos como la nieve, ante la llama, se iluminaron con un reflejo rosado. La atmósfera se hacía sofocante. Al fondo, la habitación, con su gran lecho, parecía adormecida; la lamparilla se había ahogado y una de las cortinas, desprendida de su abrazadera, disimulaba a medias la entrada. En el pequeño salón, las bujías, que ardían muy altas, habían desprendido un olor cálido de fin de velada. De vez en cuando se oía en el exterior el chorrear de un aguacero, como un sordo rumor en medio del gran silencio. —Es verdad, sí, tengo frío —murmuró con un estremecimiento, pese al calor que hacía. Sus pies de nieve estaban helados. Entonces él se empeñó en cogerlos con las manos. Sus manos ardían y los calentaron en seguida. — ¿Los sientes? —preguntó—. Tus pies son tan pequeños, que puedo envolverlos del todo. Los estrechaba con dedos febriles. Únicamente los rosados extremos aparecían. Ella levantó los talones y se oyó el ligero roce de los tobillos. El abrió las manos y los miró durante unos segundos, tan finos, tan delicados, con su pulgar un poco separado. La tentación fue demasiado fuerte y los besó. Luego, como ella se estremeciera, dijo: —No, no, calientate... Cuando

entres en calor. Los dos habían perdido conciencia del tiempo y del lugar. Sentían la vaga impresión de encontrarse en una muy avanzada noche de invierno. Aquellas bujías, que se consumían en la tibieza soñolienta de la habitación, les hacían creer que habían velado durante horas. Pero no sabían dónde. A su alrededor se extendía un desierto: ni un ruido ni una voz humana, como un mar negro en el que rugía la tempestad. Se sentían fuera de este mundo, a mil leguas de la tierra. Y este olvido del lugar que los ataba a los seres y a las cosas era tan absoluto, que les parecía como si estuvieran naciendo allí, en aquel preciso momento, y que tenían que morir allí, dentro de un instante, en cuanto uno se lanzara a los brazos del otro. Ni siquiera encontraban las palabras. Las palabras no expresaban sus sentimientos. Tal vez se habían conocido fuera de allí, pero ese viejo encuentro no importaba. Únicamente el minuto presente importaba, y lo vivían lentamente, sin hablar de su amor, habituados uno al otro como después de diez años de matrimonio. — ¿Sientes calor? — ¡Oh, sí! Muchas gracias. Una inquietud la obligó a inclinarse. Murmuró: — Mis zapatos no van a secarse nunca. Él la tranquilizó; cogió las pequeñas zapatillas y las apoyó en los morillos diciendo en voz baja: — Así es seguro que se secarán. Él se volvió, besó sus pies una vez más y ascendió hasta la cintura. Las brasas que llenaban la chimenea los estaban quemando. Ella no hizo la menor protesta ante aquellas manos titubeantes que el deseo extraviaba de nuevo. En el desvanecimiento de todo cuanto la rodeaba, de lo que era ella misma, únicamente persistía el recuerdo de su juventud: una habitación en la que hacía un calor igualmente fuerte, un gran hornillo con las planchas puestas sobre el que se inclinaba; y recordaba que entonces había sentido un aniquilamiento igual, que esto no era más dulce, que los besos con que Enrique la cubría no le procuraban una muerte lenta más voluptuosa. Cuando, de pronto, él la cogió entre sus brazos para llevarla a la alcoba, sintió, no obstante, una última angustia. Le parecía que alguien había gritado, creía que había olvidado a alguien que estaba sollozando en la sombra. Pero esto fue sólo un estremecimiento; miró alrededor de la habitación y no vio a nadie. Esta habitación le era desconocida, ningún objeto le habló. Un chaparrón más intenso caía con un clamor prolongado. Entonces como acometida por una necesidad de dormir, se abatió sobre el hombro de Enrique y se dejó llevar. Tras ellos, la otra cortina se desprendió de su abrazadera. Cuando Elena volvió, con los pies desnudos, a buscar sus zapatillas ante el fuego que se apagaba, pensó que nunca se habían amado menos que aquel día. CUARTA PARTE. Capítulo Quinto. Juana, con los ojos fijos en la puerta, seguía víctima del gran disgusto que le había causado la brusca partida de su madre. Volvió la cabeza; la habitación estaba vacía y silenciosa; pero ella oía todavía la persistencia de los ruidos, de los pasos precipitados que se alejaban, del roce de las faldas, de la puerta del departamento cerrada con violencia. Después, nada. Y ella estaba sola. Sola, absolutamente sola. Sobre el lecho, el peinador de su madre, tirado de cualquier modo, colgante su larga falda y con una de las mangas encima de la almohada, sugería la extraña actitud agobiada de alguien que se hubiese echado allí sollozando y como inerte a causa de un inmenso dolor. Había ropa interior abandonada. Una toquilla negra ponía en el suelo una mancha de luto. Entre aquel desorden de sillas caídas, del velador empujado contra el armario de luna, estaba sola y sentía que las lágrimas la ahogaban mirando aquel peinador en el que ya no estaba su madre, estirado con una delgadez de muerte. Juntó sus manos y llamó por última vez: — ¡Mamá! ¡Mamá! Pero los cortinajes de terciopelo azul amortiguaban los sonidos en la habitación. Estaba sola: todo había terminado. Transcurrió el tiempo. Dieron las tres en el reloj. Una claridad escasa y turbia penetraba por las ventanas. Pasaban nubes color de hollín ensombreciendo más y más el cielo. A través de los cristales, cubiertos por un leve vaho, se adivinaba un París confuso, borroso por el vapor de agua, cuyas lejanías se perdían entre grandes humaredas. Ni siquiera la ciudad estaba allí para hacer compañía a la niña, como ocurría en las tardes claras en las que parecía que, inclinándose un poco, podían llegar a tocarse los barrios con la mano. ¿Qué iba a hacer? Apretaba sus bracitos contra su pecho desesperado. Su abandono le parecía negro, sin límites, de una injusticia y una maldad que la encolerizaban. Jamás había visto nada tan vil; imaginaba que todo iba a desaparecer y que nada volvería jamás. Luego vio junto a ella a su muñeca en una butaca, sentada con la espalda apoyada en un almohadón, las piernas estiradas, mirándola, como una persona. No se trataba de su muñeca mecánica, sino de una grande con cabeza de cartón, cabello rizado y ojos esmaltados cuya mirada fija, a veces, la asustaba; después de dos años que la vestía y desnudaba, la cabeza se había desconchado en la barbilla y las mejillas, y los miembros, de piel rosa y repletos de serrín, habían adquirido una languidez y blandura desgarbada de trapo viejo. En aquel momento, la muñeca estaba dispuesta para ir a la cama, con su camisita y sus brazos dislocados, uno hacia arriba y otro hacia abajo. Entonces Juana, al ver que alguien estaba con ella, se sintió menos desgraciada. La cogió en brazos y la apretó muy fuerte, en tanto la cabecita se balanceaba hacia atrás con el cuello tieso. Le habló, le dijo que ella era la más buena, que tenía buen corazón, que nunca salía ni la dejaba sola. Era su tesoro, su gatita, su corazoncito. Trémula y conteniéndose para no volver a llorar, la cubrió de besos. Con el furor de las caricias se sentía un tanto vengada; la muñeca cayó de nuevo entre sus brazos como un pingajo. La niña se había levantado y, con la frente apoyada en un cristal, miraba hacia fuera. Había cesado la lluvia y las nubes del último chaparrón, arrastradas por el viento, rodaban

hacia el horizonte, hacia las alturas del Père-Lachaise, cubiertas con sombras grises. París, bajo este fondo de tormenta iluminado con una luz uniforme, adquiría una grandeza solitaria y triste. Parecía deshabitado, igual que estas ciudades de las pesadillas que se diría iluminadas por un astro muerto. Seguro que todo aquello no tenía nada de bonito. Pensaba vagamente en las personas que había querido desde que había nacido. Su amigo más viejo, de cuando estaba en Marsella, era un gran gato rojo que pesaba mucho. Le cogía por el vientre apretándolo con sus bracitos y lo llevaba así de una silla a otra, sin que se enfadara; después había desaparecido: ésta era la primera maldad que recordaba. Después había tenido un gorrion que se había muerto; una mañana lo había recogido del suelo de la jaula: ya eran dos. Sin contar los juguetes que se rompían para darle pena, ni toda una serie de injusticias que le hacían sufrir mucho porque era demasiado tonta. Sobre todo una muñeca, que no era más alta que la mano, que la había hecho desesperar porque se dejó romper la cabeza. La quería tanto, que incluso la enterró a escondidas, en un rincón del patio, y más tarde, dominándola el deseo de volver a verla, la desenterró y se puso enferma de miedo al encontrarla tan negra y tan fea. Siempre eran los demás los que dejaban de quererla primero. Se estropeaban, se iban; era culpa suya. ¿Por qué? Ella no cambiaba. Cuando quería a alguien, era para toda la vida. No comprendía el abandono. Era algo enorme, monstruoso, que no podía entrar en su corazoncito sin hacer que estallara. Le dio como un estremecimiento al despertar en ella esos recuerdos confusos. Entonces llegaba un día en que la gente se separaba, se iba cada cual por su lado y dejaba de verse y quererse. Con los ojos puestos en aquel París inmenso y melancólico, se quedaba helada ante lo que su pasión de doce años adivinaba de las crueldades de la existencia. Mientras, su aliento había empañado más el vidrio. Borró con la mano el vaho que le impedía ver. Los monumentos, a lo lejos, lavados por el aguacero, producían reflejos como si fueran espejos bruñidos. Hileras de casas, limpias y claras, con sus fachadas pálidas, en medio de los tejados, parecían piezas de ropa tendida, igual a una colada colosal que se secase sobre un prado de hierba rojiza. El día clareaba, la cola de la nube que cubría aún la ciudad de vapor dejaba percibir el resplandor lechoso del sol; se notaba una alegría indecisa por encima de los barrios, y en ciertos rincones, parecía que el cielo iba a reírse. Juana miraba hacia abajo, hacia el muelle y las pendientes del Trocadero, donde se reanudaba la vida de las calles, después de la pesada lluvia que caía en bruscos chaparrones. Los coches de punto volvían a sus lentas sacudidas, mientras los ómnibus, en el silencio de las calzadas desiertas todavía, pasaban redoblando su sonoridad. Los paraguas se cerraban, los transeúntes, refugiados bajo los árboles, se arriesgaban a cruzar de una a otra acera, en medio del agua de los charcos que iba escurriéndose hacia los arroyos. Le llamó la atención sobre todo una señora y una niña, muy bien vestidas, que vio de pie bajo el toldo de una vendedora de juguetes, junto a un puente. Sin duda se habían refugiado allí sorprendidas por la lluvia. La pequeña desvalijaba la tienda, atormentando a la señora, porque quería un aro; y ahora se iban las dos y la chiquilla corría risueña y saltarina, empujando su aro por la acera. Entonces Juana se puso de nuevo muy triste y su muñeca le pareció horrible. Lo que ella quería era un aro y encontrarse allí y correr mientras su madre, tras ella, caminaría con sus pasitos cortos, gritándole que no se fuera tan lejos. Todo se enturbiaba, y a cada minuto tenía que limpiar el vidrio. Tenía prohibido abrir la ventana, pero se sintió en plena rebeldía: por lo menos, ya que no se la llevaban, podía mirar al exterior. Abrió y se apoyó con los codos como una persona mayor, como su madre cuando se ponía allí y dejaba de hablarle. El aire era suave, de una suavidad húmeda que le parecía muy agradable. Una sombra que poco a poco iba extendiéndose por el horizonte le hizo levantar la cabeza. Tenía la sensación de que encima de ella había un pájaro gigante con las alas extendidas. De momento, no vio nada: el cielo permanecía claro; pero una mancha sombría apareció en un ángulo del tejado, se desbordó e invadió el cielo. Era un nuevo chubasco impelido por un tremendo viento del oeste. La luz había bajado rápidamente; la ciudad aparecía negra, con un lívido relucir que daba a las fachadas un tono de vieja herrumbre. Casi de inmediato empezó a caer la lluvia, barriendo las calzadas. Los paraguas se volvían del revés, los paseantes huían por todas partes, como pajas llevadas por el viento. Una vieja señora apretaba con ambas manos sus faldas en tanto que el chubasco golpeaba su sombrero con una persistencia de gotera. La lluvia se desplazaba, podía seguirse el vuelo de la nube por la carrera furiosa del agua que caía sobre París; la cortina de gruesas gotas enfilaba las avenidas de los muelles con un galope de caballo desbocado, levantando una polvareda cuya diminuta humareda blanca rodaba a ras de suelo con una velocidad prodigiosa. Descendía por los Campos Elíseos, penetraba por las largas calles rectas del barrio de Saint-Germain, llenando en un momento las amplias extensiones, las plazas vacías, los cruces desiertos. En pocos segundos, bajo esta red cada vez más espesa, la ciudad palideció, pareció fundirse. Fue como una cortina que descendiera oblicuamente desde el vasto cielo sobre la tierra. Nubes de vapor ascendían y el inmenso chapoteo producía un ruido ensordecedor de revuelta chatarra. Juana, aturdida por el clamor, retrocedía. Le parecía que un muro amarillento se había levantado ante ella. Pero ella adoraba la lluvia y volvió a apoyar sus codos en la ventana, alargó los brazos para sentir las gruesas gotas frías que estallaban en sus manos. Esto la divertía, y se mojaba hasta las mangas. A su muñeca, como a ella, debía

dolerle la cabeza; por esto la puso a horcajadas sobre la barra, con la espalda contra la pared. Y, viendo que las gotas la salpicaban, pensó que aquello le sentaba bien. La muñeca, muy tiesa, con la eterna sonrisa de sus pequeños dientes, tenía un hombro empapado en tanto que el soplo del viento le levantaba la camisa. Su pobre cuerpo, vacío de serrín, tiritaba. ¿Por qué no se la había llevado su madre? En esta agua que le azotaba las manos, encontraba Juana una nueva tentación para desear encontrarse en la calle. Debía estarse bien en ella... Y seguía viendo, a través del velo de la lluvia, a la chiquilla empujando su aro por la acera. No había nada que decir: ella había salido con su mamá y, las dos juntas, parecían pasarlo tan ricamente. Esto demostraba que las niñas podían salir cuando llovía. Lo único que faltaba era querer. ¿Por qué, a ella, no la habían dejado que saliera? Ahora volvía a acordarse de su gato rojo, que se había marchado, con la cola hacia arriba, a la casa de enfrente; a aquella pequeña bestezuela de gorrion, al que había intentado dar de comer, cuando ya estaba muerto, y que parecía no haberlo comprendido. Estas eran las historias que siempre le ocurrían porque no la querían lo bastante. ¡Oh!, en dos minutos hubiera estado a punto; los días que quería, se sabía vestir de prisa: los botines que Rosalía abrochaba, el paleta, el sombrero, y ya estaba. Bien pudo su madre esperarla un par de minutos. Cuando descendía a casa de sus amigos, no atropellaba las cosas de aquel modo; cuando iba al bosque de Boulogne, la llevaba suavemente de la mano y se detenía con ella delante de todas las tiendas de la calle de Passy. Juana no comprendía, sus negras cejas se fruncían y sus finas facciones adquirían aquella dureza celosa que le ponían una carita de solterona ruin. Adivinaba confusamente que su madre había ido a algún lugar donde no se lleva a los niños. No se la había llevado para ocultarle las cosas. Pensándolo, su corazón se oprimía con una tristeza indecible y se sentía mal. La lluvia se hacía más fina, se producían transparencias a través de la cortina que ocultaba París. Lo primero en reaparecer fue la cúpula de los Inválidos, ligera y estremecida con la vibración reluciente del aguacero. Después emergieron los barrios de la corriente de agua que se retiraba; la ciudad parecía emerger de un diluvio, con sus tejados chorreando, mientras los ríos llenaban todavía las calles con una especie de vapor. De pronto surgió una llama, cayó un rayo de luz en medio del aguacero. Por un instante apareció una sonrisa entre las lágrimas. Había dejado de llover en el distrito de los Campos Eliseos, la lluvia azotaba la orilla izquierda, la Cité, los lejanos suburbios; y se veían caer allí las gotas, como líneas de acero, tenues y apretadas bajo la luz del sol. Hacia la derecha se iluminó el arco iris. A medida que el rayo de sol se ensanchaba, manchas rojas y azules pintarrajeaban el horizonte con los tonos abigarrados de una acuarela infantil. Hubo un resplandor, un descenso de nieve de oro sobre una ciudad de cristal. Y el rayo se extinguió, una nube lo había apagado y la sonrisa se ahogó con las lágrimas. París se escurría con un largo rumor de sollozos, bajo un cielo color de plomo. Juana, con las mangas empapadas, tuvo un acceso de tos. Pero no notaba el frío que iba penetrándola, ocupada en pensar, ahora, que su madre había descendido hacia París. Había acabado por conocer tres monumentos: los Inválidos, el Panteón y la torre Saint-Jacques; había aprendido sus nombres y los señalaba con el dedo sin imaginar como debían ser cuando se les miraba de cerca. Sin duda su madre se encontraba por allí, y ella la situaba en el Panteón, porque era el que más llamaba su atención, tan enorme, clavado en lo alto como la cimera de la ciudad. Luego se interrogaba, porque París seguía siendo el sitio donde no van los niños. Nunca la llevaban. Hubiese querido saber, para decirse tranquilamente: «Mamá está allí y está haciendo esto y aquello.» Pero así le parecía demasiado grande y no podía encontrarse a nadie. Sus miradas saltaban al otro extremo de la llanura. ¿Estaría, tal vez, en este grupo de casas de la izquierda, sobre una colina? ¿O más cerca, bajo los grandes árboles cuyas ramas desnudas se parecían a los hacecillos de leña seca? ¡Si pudiera levantar los tejados! ¿Qué era aquel monumento tan negro?, ¿y aquella calle por la que corría una cosa tan grande?, y todo aquel barrio que le daba tanto miedo, porque seguro que allí se estaban peleando. No se distinguía con claridad; pero, de veras, era algo lo que se movía, algo muy feo que las niñas no debían mirar. Hacía toda clase de suposiciones vagas que le daban ganas de llorar y turbaban su ignorancia de niña. Lo desconocido de París, con sus humos, su rumor incesante, su vida potente, soplaba hacia ella, en aquel tiempo de deshielo, un olor a miseria, a basura y a crimen que le hacía volver su joven cabecita como si se hubiese asomado por encima de estos pozos pestíferos que exhalaban la asfixia de su lodo invisible. Los Inválidos, el Panteón, la torre Saint-Jacques: los contaba y sabía sus nombres; pero, aparte de ellos, no conocía ningún otro monumento y se sentía asustada y avergonzada, con la idea fija de que su madre se encontraba entre aquellas cosas malas, no sabía dónde, allá lejos, en el fondo. Bruscamente se volvió. Habría jurado que alguien caminaba por la habitación; diría, incluso, que una mano suave le había rozado la espalda. Pero la habitación permanecía vacía en el pesado desorden en que Elena la había dejado; el peinador seguía tendido, sin dejar de llorar, aplastado contra la almohada. Entonces Juana recorrió con una mirada toda la habitación y sintió que su corazón se desgarraba. Estaba sola, sola. ¡Dios mío! Su madre, al marcharse, la había empujado tan fuerte que podía haberla echado al suelo. Volvía a sentir la misma angustia y el dolor de esta brutalidad repercutía en sus muñecas y en sus hombros. ¿Por qué la había maltratado? Era buena y no tenía que reprocharse nada. Generalmente, le hablaban con

todo cariño, que aquella corrección la indignaba. Tenía la misma impresión que le producían sus temores infantiles, cuando la amenazaban con el lobo y ella miraba y no lo veía en ninguna parte; pero en la sombra había algo que podía destruirla. Con la carita pálida, sospechaba algo y, poco a poco, iba aumentando en ella una cólera desesperada. De pronto, pensó que su madre debía querer más que a ella a aquellas personas cerca de las cuales había ido, empujándola tan fuerte, y tuvo que llevarse las manos al pecho. Ahora comprendía: su madre la estaba traicionando. Sobre París gravitaba una gran ansiedad, a la espera de una nueva borrasca. El aire, oscurecido, lanzaba como un murmullo y las espesas nubes se cernían. Juana, en la ventana, tosió violentamente; pero se sentía como vengada al sentir frío y hubiese querido ponerse enferma. Con las manos apretándose el pecho, sentía que su malestar aumentaba. Era una angustia a la que su cuerpo se abandonaba. Tiritaba de miedo y no se atrevía a volverse, temblando de frío con sólo pensar en mirar hacia la habitación. Cuando se es pequeña, no se tiene fuerza. ¿Qué era este nuevo mal cuya crisis la llenaba de vergüenza y de una amarga dulzura? Cuando la hacían rabiarse, cuando le hacían cosquillas, pese a sus risas, sentía a veces este estremecimiento exasperado. Esperaba, rígida, en la rebelión de sus miembros inocentes y virginales. Desde el fondo de su ser, de su sexo de mujer despierta, surgió un vivo dolor como si hubiese recibido un golpe desde lejos. Entonces, desfalleciendo, lanzó un grito ahogado: «¡Mamá, mamá!», sin que pudiera saberse si llamaba a su madre en su ayuda o si la acusaba de mandarle aquel mal del cual se sentía morir. En este momento estalló la tempestad. En el silencio grávido de ansiedad, por encima de la ciudad, que se había puesto negra, aullaba el viento y se oyó el crujido persistente de París, las persianas que golpeaban, las tejas de pizarra que volaban, los tubos de las chimeneas y los canalones de desagüe que rebotaban sobre la calzada de las calles. Hubo unos momentos de silencio; pero de inmediato surgió un nuevo soplido, llenó el horizonte de tan colosal impulso que el océano de tejados estremecido pareció elevarse en un oleaje y desaparecer en un torbellino. Durante un momento fue el caos. Enormes nubes, ensanchándose como manchas de tinta, corrían entre otras más pequeñas, dispersas y flotantes, parecidas a pingajos que el viento desmenuzaba y se llevaba hilo a hilo. Hubo un momento en que dos nubes se embistieron, rompiéndose en pedazos que sembraron el espacio de fragmentos color de cobre. Cada vez que el huracán se desencadenaba de este modo, soplando desde todos los puntos del cielo, había en el aire un chocar de ejércitos, un derrumbamiento inmenso cuyos escombros suspendidos iban a aplastar París. No llovía todavía... De pronto una nube reventó sobre el centro de la ciudad y una tromba de agua remontó por el curso del Sena. La cinta verde del río, acribillada y sucia por el chapoteo de las gotas, se cambió en un torrente de cieno y, uno a uno, tras el chaparrón, los puentes reaparecieron, adelgazados, más ligeros en el vapor de agua, en tanto que, a derecha e izquierda, los muelles desiertos sacudían furiosamente sus árboles a lo largo de las rayas grises de las aceras. Al fondo, sobre Notre-Dame, se partió la nube, lanzando tal torrente de agua que la Cité quedó sumergida; únicamente, por encima del distrito anegado flotaban las torres, en un claro como los restos de un naufragio. Pero, por todas partes, se abría el cielo y por tres veces la orilla derecha pareció sumergida. Un primer aguacero asoló los barrios lejanos y, ensanchándose, azotó las puntas de Saint-Vincent-de-Paul y de la torre Saint-Jacques, que se aclaraban bajo el agua. Otros dos, uno tras otro, se volcaron sobre Montmartre y sobre los Campos Elíseos. Por un momento, se distinguieron las vidrieras del Palacio de la Industria, humeando bajo la lluvia. San Agustín, cuya cúpula oscilaba al fondo de la bruma como una luna apagada; la Magdalena, que extendía su tejado plano, semejante a las losas lavadas con grandes baldes de algún atrio en ruina; mientras detrás, la mole enorme y sombría de la «Ópera» hacía pensar en un barco desmantelado, cuya quilla, atrapada entre dos rocas, resistiera los asaltos de la tempestad. Sobre la orilla izquierda, velada por una polvareda de agua, se percibían la cúpula de los Inválidos, las flechas de Santa Clotilde, las torres de San Sulpicio, reblandeciéndose y como fundidas en el aire empapado de humedad. Una nube se dilató y por la columnata del Panteón descargaron torrentes de agua que parecía iban a inundar los barrios bajos. A partir de este momento, las ráfagas de lluvia se abatieron sobre la ciudad por todas partes; se diría que el cielo se abatía sobre la tierra, que las calles se hundían, sumergiéndose hasta el fondo en medio de las sacudidas que, por su violencia, parecían anunciar el fin de la ciudad. Se alzaba un rugido constante, la voz de los arroyos crecidos, el tronar de las aguas vaciándose por los canalones de desagüe. Al mismo tiempo, por encima de aquel París cenagoso que los mismos nubarrones ensuciaban con un igual tono amarillo, las nubes se deshilachaban, adquiriendo una lívida palidez, extendida por igual, sin una resquebradura ni una mancha. La lluvia se hacía más fina, recta y punzante; y cuando todavía soplaba alguna ráfaga, grandes oleadas ponían reflejos en las sombras grises y se oían las gotas oblicuas, casi horizontales, asaeteando los muros con un silbido, hasta que, al cesar el viento, volvían a ser rectas, hiriendo el suelo con un apaciguamiento obstinado, desde la colina de Passy hasta la plácida campiña de Charenton. Entonces, la inmensa ciudad, como destruida y muerta a consecuencia de una suprema convulsión, extendió sus piedras derrumbadas bajo un cielo borroso. Juana, abatida sobre el repecho de la ventana, había balbuceado de nuevo: «¡Mamá!, mamá!», y una inmensa fatiga la hacía abandonarse totalmente débil frente a aquel

París sumergido. En aquella postración, con los cabellos sueltos, el rostro mojado por las gotas de la lluvia, seguía sintiendo el sabor de la amarga dulzura que acababa de estremecerla, en tanto que la añoranza de algo irremediadamente perdido lloraba en su corazón. Le parecía que todo había terminado y comprendía que se estaba volviendo muy vieja. Podían pasar las horas; ni siquiera miraba la habitación. No le importaba saberse olvidada y sola. Llenaba tal desesperación su corazón de niña, que todo era noche a su alrededor. Si la reñían, como otras veces cuando se ponía enferma, sería una injusticia. Aquello la quemaba, le daba dolor de cabeza. Seguro que, hacía un momento, algo le habían roto en algún sitio. No podía evitarlo. Estaba obligada a dejarse hacer lo que quisieran. Después de todo, estaba demasiado cansada. Había anudado sus dos bracitos en la barra del alféizar y la acometía una somnolencia; sólo abría sus grandes ojos de vez en cuando, para ver los chaparrones. La lluvia caía persistente, sin pausa; el cielo, pálido, se fundía en agua. El último vendaval había pasado y se oía todavía su retumbar monótono. En medio de una solemne inmovilidad, la lluvia, soberana, azotaba sin tregua la ciudad conquistada por ella, silenciosa y desierta. Tras el cristal rayado por aquel diluvio, había tan sólo un París fantasma, de líneas trémulas y borrosas, que producía en Juana una necesidad de dormir, con feos sueños, como si todo cuanto desconocía, el mal que ignoraba, se hubiese exhalado en niebla para penetrarla y hacerla toser. Cada vez que abría los ojos, la sacudían accesos de tos, y después permanecía quieta unos segundos mirando la ciudad; luego, dejando caer la cabeza, se llevaba su imagen, y ésta parecía que se extendía sobre ella y la aplastaba. La lluvia no cesaba. ¿Qué hora sería ya? Juana no hubiese podido decirlo. Quizá el reloj se había parado. Volverse para mirar le parecía demasiado fatigoso. Hacía por lo menos ocho días que su madre se había marchado. Había dejado de esperarla, resignada ya a no volver a verla. Lo olvidó todo: las malas pasadas que le habían hecho, el extraño mal que acababa de sufrir, incluso el abandono en que todo el mundo la dejaba. Un peso, como el de una fría losa, gravitaba sobre ella. No era más que una desgraciada. ¡Oh!, tan desgraciada como las niñas pobres abandonadas en los portales y a las que ella daba dinero. Esto no cesaría jamás y ella permanecería así durante años... Era demasiado enorme y demasiado duro para una niña pequeña. ¡Dios mío, cómo se tose, cuánto frío se tiene cuando nadie nos quiere! Cerró los pesados párpados, con el vértigo de una modorra febril, y su último pensamiento fue un vago recuerdo de infancia, una visita a un molino donde los pequeñitos granos de trigo, amarillo, caían bajo muelas grandes como casas. Pasaban horas y horas, y cada minuto era como un siglo. La lluvia caía sin parar con el mismo ritmo tranquilo, como si contara con todo el tiempo, con la misma eternidad, para inundar la llanura. Juana dormía. Junto a ella estaba la muñeca, doblada sobre la barra del antepecho, con las piernas dentro de la habitación y la cabeza fuera, como una ahogada, con la camisa pegada a su piel rosada, sus ojos inmóviles, sus cabellos chorreando agua; estaba tan delgada, que daba ganas de llorar, con su postura cómica y desconsolada de pequeña muerta. Juana, dormida, tosía; pero ya no abría los ojos. Su cabeza se agitaba sobre los brazos cruzados y la tos terminaba con un silbido sin que ella despertara. Ya nada quedaba: dormía en la oscuridad, y ni siquiera retiraba la mano, cuyos dedos, enrojecidos, dejaban resbalar las claras gotas, una a una, hacia el fondo de los vastos espacios que se abrían bajo la ventana. Esto duró horas todavía. En el horizonte, París se había desvanecido como la sombra de una ciudad, mientras el cielo se confundía con el caos borroso de su inmensidad y la lluvia gris seguía cayendo obstinada. (*kansas city university of medicine joplin mo*).

Audiolibro Una P Gina De Amor **Mile Zola Cuarta Parte**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>